Viajes anómicos

Julio César Díaz Sánchez

VIAJES ANÓMICOS

Autor:

Julio César Díaz Sánchez

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA (UNAD)

Jaime Alberto Leal Afanador
Rector

Constanza Abadía García
Vicerrectora académica y de investigación

Leonardo Yunda Perlaza
Vicerrector de medios y mediaciones pedagógicas

Edgar Guillermo Rodríguez Díaz
Vicerrector de servicios a aspirantes, estudiantes y egresados

Leonardo Evemeleth Sánchez Torres
Vicerrector de relaciones intersistémicas e internacionales

Martha Viviana Vargas Galindo
Vicerrectora de inclusión social para el desarrollo regional y la proyección comunitaria

Einar Iván Monroy Gutiérrez
Decano Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades (ECSAH)

Juan Sebastián Chiriví Salomón
Líder Nacional del Sistema de Gestión de la Investigación (SIGI)

Martín Gómez Orduz
Líder Sello Editorial UNAD

306.4819 Díaz Sánchez, Julio César
D542 Viajes anómicos / Julio César Díaz Sánchez. -- [1.a ed.]. -- Bogotá: Sello Editorial UNAD/ 2026
ISBN: 978-628-7857-41-4
e-ISBN: 978-628-7857-42-1
1. Turismo — Aspectos sociales 2. Sociología del turismo 3. Viajes 4. Turismo cultural 5. Globalización 6. Identidad cultural 7. Relaciones interculturales I. Díaz Sánchez, Julio César.
Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad Nacional Abierta y a Distancia.

Viajes anómicos

Autor: Julio César Díaz Sánchez

ISBN: 978-628-7857-41-4
e-ISBN: 978-628-7857-42-1

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades (ECSAH)

©Editorial
Sello Editorial UNAD
Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Calle 14 sur No. 14-23
Bogotá D. C.
Mes de 2026.

Corrección de textos: Milena Espinosa Manrique
Diagramación: Paola Andrea D'Luyz Monsave, Hipertexto - Netizen
Edición integral: Hipertexto - Netizen

Cómo citar este libro: Díaz Sánchez, J. C. (2026). *Viajes anómicos.* Sello Editorial UNAD. DOI: https://doi.org/10.22490/UNAD.9786287857421

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional. https://co.creativecommons.org/?page_id=13.

RESEÑA DEL LIBRO

Viajes anómicos está escrito como una reflexión íntima y crítica sobre el acto de viajar, desde la experiencia personal y profesional del autor, un sociólogo y especialista en turismo. Este libro nace de la necesidad de entender por qué se viaja y qué significa realmente el retorno, y llega a la conclusión de que no se viaja para huir, como quizás muchos lo plantean, sino para volver, reafirmando el sentido de pertenencia a un lugar y vínculos afectivos concretos.

Desde los múltiples destinos —Tailandia, Cuba, Vietnam y Camboya, entre otros— por los que hábilmente nos lleva el autor entre anécdotas, análisis y datos históricos y demográficos, se exploran las complejidades sociales, culturales y económicas que los envuelven. Para esto, se contextualiza cada lugar desde una perspectiva sociológica, alejándose del formato de guía tradicional, yendo desde la crítica al turismo sexual y la folclorización de comunidades hasta la mirada sobre cómo los pueblos ejercen memoria y resistencia, poniendo en evidencia las tensiones entre autenticidad y espectáculo, deseo y desigualdad, consumo y afecto, morbo y concientización.

El cuestionamiento del autor a la industria turística global, a través de una escritura personal, reflexiva y amena, visibiliza su rol como nuevo dispositivo de colonización, pero también reconoce el poder de los viajes para transformar percepciones, relaciones y realidades. Con una mirada sociológica y sensible, *Viajes anómicos* invita a repensar el turismo no solo como una experiencia placentera, sino como un fenómeno social cargado de símbolos, contradicciones y consecuencias que habitualmente están ocultos a la simple vista del turista; las formas en las que se habitan esos territorios, y las transformaciones positivas y negativas bajo las que conviven (o batallan) las comunidades de cada lugar.

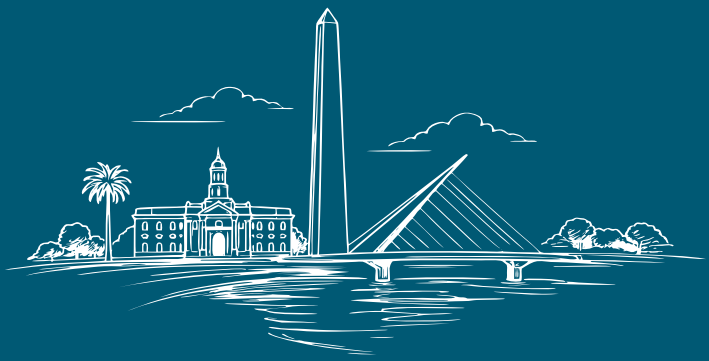
RESEÑA DEL AUTOR

Julio César Díaz Sánchez nació en Lima, Perú. Es sociólogo egresado de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), profesional en Servicios Turísticos y especialista en Turismo Social. Actualmente, estudia la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Cuyo, en Argentina.

Viajar ha marcado su vida; por tanto, creó la Fundación Peruana de Turismo Social, de la cual es presidente. A través de esta organización, impulsa la democratización del turismo y busca acercar los viajes a todos, más allá de sus posibilidades económicas, físicas o sociales, como una forma de devolver a la vida la posibilidad que tuvo de viajar desde niño.

Ha sido expositor en eventos acerca de la mirada social y crítica del turismo en diversos países de América y Europa. Además, ha publicado artículos sobre sociología y turismo en revistas especializadas.

Cree firmemente que el mundo se puede cambiar o que se puede morir dignamente en el intento.



AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro de crónicas de viaje, con historias de tantos años y tantos lugares, es una tarea en la que participan de una u otra forma muchas personas. Algunas hacen parte de este libro de manera tácita o explícita.

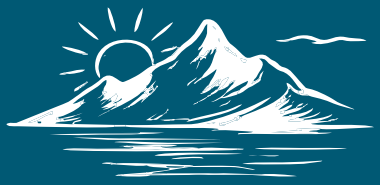
Bajo riesgo de olvidar mencionar a alguien y sin intención de algún orden, quisiera comenzar expresando mi gratitud hacia la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) por el apoyo brindado y la oportunidad no solo de publicar este libro, sino también de participar en publicaciones anteriores. En particular, agradezco al profesor Carlos Arturo Romero Huertas por su paciencia, consejos y sobre todo por su amistad, y al profesor Jorge Ruiz por presentar y defender este libro ante el Comité de Investigación.

Asimismo, doy gracias a aquellas amigas y amigos mencionados en cada crónica, aunque algunos solo estuvieron físicamente un día, estas crónicas hacen de su presencia algo permanente en mi vida; a los que están desde hace años o desde siempre por tomarse el tiempo de leer los borradores y brindarme sus consejos, en especial a Juliana Ardila y Alejandra Mayorga por sus correcciones y sugerencias, y a quienes me animaron a escribir: Lorena Ramos, Nataly y Juancho González, Edgar Vargas, Humberto Gutiérrez, Miriam Quiroz y Karla Benites. A todos, gracias por su amistad.

Mis palabras de agradecimiento también van dirigidas a mis hijos, porque son una fuente de inspiración y una motivación constante de búsqueda.

A mi familia en general, gracias por su apoyo incondicional, aunque sé que algunos de los pasajes de este libro les hará abrir los ojos de sorpresa o de espanto.

Finalmente, agradezco a Alicia por soportar todos estos años ocurrencias tan anómicas como este libro.



CONTENIDO

Reseña del libro	**3**
Reseña del autor	**5**
Agradecimientos	**7**
Prefacio	**13**
Prólogo	**15**
Ser turista o viajero	**19**
Tailandia y el sexo como souvenir	**23**
Cuba y el temor antes de aterrizar	**31**
Vietnam y mi inicio en el COVID-19	**39**
Camboya y la memoria para el turismo	**47**
México lindo y los viajeros no turistas	**55**
Colombia y el riesgo de querer quedarme	**63**
Auschwitz y la deuda sociológica	**71**
Berlín y la noche surreal	**79**
Buenos Aires y el Loco	**87**
Perú y el lugar donde cualquier cosa puede pasar	**95**
Obras citadas	**103**

Para Alicia, Josué y Chicho, quienes sin saberlo (o sabiéndolo)
me permitieron hacer realidad este libro.

Para Dorita y su amor infinito.

Para Angélica y Cirilo.

PREFACIO

Escribir un libro sobre experiencias personales puede resultar para muchos algo pretencioso. De hecho, varias veces lo he pensado así al ver libros de este tipo que, desde mi perspectiva, no aportaban nada. Tal vez sea una mirada reduccionista y de injusto menosprecio, ya que a lo mejor todos tenemos algo que decir o quizás algo que, tarde o temprano, queremos decir, más allá de la forma como lo digamos.

Para quienes me conocen y creen que tengo algo que decir sobre todo lo que he vivido durante mis viajes, es tarde el hecho de que recién me animé a escribir. Para mí, este era un viaje especial que no podía iniciar sin antes tener en la mochila algo que consideraba esencial.

En ese sentido, la opción de escribir surgió como una posibilidad de responder a la pregunta ¿por qué viajo?, que por tantos años martilló mi cabeza. Tal vez, no pude aplazar más el hecho de encontrar una respuesta cuando, en el otro lado del mundo y en medio de una situación que escapaba de mi idiosincrasia para comprenderla, me di cuenta de que era algo que prefería evadir.

Al final, encontré la respuesta antes de empezar a escribir y no precisamente en un país exótico y lejano, ni contemplando el atardecer en una playa caribeña, ni en una peregrinación a un templo budista. La hallé sentado en mi casa, justo antes de que sonara el teléfono para tener una conversación cualquiera en un día cualquiera. Simplemente, viajo para volver.

Viajo para recordar que —lejos del empalagoso romanticismo del concepto de *wanderlust* y los famosos *travel bloggers* de Instagram y YouTube, que hoy abundan con su rechazo a la "zona de confort" y pregonando que "su casa es el mundo"— tengo un lugar en este planeta al cual llamarle "mi lugar"; un lugar al cual siempre esperaré volver para, apenas deje la mochila y aún sin bañarme, tirarme en la cama con los ojos cerrados y sonriendo; un lugar donde, con cerveza, vino, ron o ginebra en mano, siempre estarán los amigos a quienes contar lo vivido. Ya lo decía el sociólogo francés Henry Lefevre: el espacio es una construcción social y no un mero contenedor físico. Y uno es parte de ese espacio, más aún cuando lo ha llenado de vínculos y significados hasta convertirlo en "su lugar".

Con la respuesta en la mochila, este es mi intento no solo de contar lo que es personal y anecdótico, sino también de seguir entendiéndome (y por qué no de-

construyéndome) en mi condición de viajero y de entender, desde una mirada sin sesgo, algunos de los lugares a donde he viajado y todo lo que hay en ellos. Aunque sepa muy bien que entenderlos en su totalidad es imposible.

He dedicado más de veinte años de mi vida profesional al turismo y casi toda mi vida he viajado, primero, con mis padres y, después, solo. Siendo sociólogo, he empezado a repensar muchas cosas además de lo que ya mencioné. De manera que cuestiono los lugares, las prácticas, las dinámicas de la industria turística, el vínculo del viaje con las nuevas formas de comunicación, el uso de las redes sociales como factor relevante en la experiencia, lo auténtico, lo que a todas luces es una teatralización, la folclorización y vitrificación de las comunidades, lo que esperamos ver y lo que finalmente encontramos, entre otras cosas.

Para terminar, cabe señalar que los lugares abordados en cada capítulo de este libro son algunos por los que he viajado. El orden en que se presentan no es cronológico, sino resultado del azar y la niebla mental, por lo que más que una historia con inicio y final es una recopilación de anécdotas que esperan servir para que quien lo lea, bien sea que ya los visitó o los piensa visitar, se abra a la posibilidad de conocerlos y entenderlos desde una mirada alternativa, que sin duda no es definitiva, sino una sincera apreciación.

PRÓLOGO

Cuando el viaje continúa en el regreso: relatos de un sociólogo viajero

Acepté escribir este prólogo en medio de múltiples ocupaciones y con la agenda a punto de desbordarse, movido por la alegría de acompañar el trabajo de un colega y amigo con quien he compartido largas conversaciones sobre viajes, turismo y sociedad. Junto a ese entusiasmo apareció la preocupación de demorarme demasiado en la escritura —como efectivamente sucedió—, porque a veces el día no alcanza y la noche se queda corta, aunque la gratitud y el cariño se mantuvieron firmes y sostuvieron el impulso inicial.

Algunos de los relatos de este libro ya se los había escuchado a Julio César en Bogotá y en Lima, primero, como historias que asomaban entre comentarios y risas de las amistades presentes, y, luego, como experiencias que pedían pensarse con mayor calma. El café acompañó muchas de esas conversaciones, aunque en más de una ocasión los negronis marcaron el ritmo de la noche y los piscos fueron un buen pretexto para prolongarlas. Al recorrer estas páginas, reaparece esa misma atmósfera, una manera de hablar del viaje desde la experiencia, sostenida por una incomodidad necesaria que cuestiona lo que solemos naturalizar.

Viajar nunca ha sido un acto neutral. Aunque durante décadas se haya presentado como una práctica inocente asociada al descanso, al ocio o al impulso casi ingenuo de "conocer el mundo", cada desplazamiento activa miradas que jerarquizan, recorridos trazados desde el privilegio y relaciones de poder que operan silenciosamente. La industria turística ha contribuido a naturalizar estas dinámicas a través de una imagen amable y, con ello, ha moldeado quién puede moverse, en qué condiciones y qué formas de experiencia resultan legítimas o deseables. En ese proceso, muchas propuestas construyen un supuesto detrás de escena que promete acceso a lo auténtico y a lo íntimo, cuando en realidad se transita por espacios intermedios cuidadosamente dispuestos para sostener esa ilusión de proximidad, tal como lo señaló MacCannell[1] en su análisis sobre

1 MacCannell, Dean. "Staged Authenticity: Arrangements of Social Space in Tourist Settings". *American Journal of Sociology,* vol. 79, núm. 3, 1973, pp. 589-603. JSTOR, http://www.jstor.org/stable/2776259.

la autenticidad escenificada. Es en ese punto incómodo donde se inscribe *Viajes anómicos*, cuando la postal comienza a resquebrajarse y deja ver el entramado social que la sostiene.

Julio César no escribe desde la distancia del observador externo ni desde la comodidad del especialista que describe sin implicarse. Su voz surge del cuerpo en movimiento, de una biografía en transformación y de la incomodidad ética de saberse —al mismo tiempo— viajero, trabajador del turismo y sociólogo. Esa triple posición no opera como credencial, sino como una tensión permanente que organiza la mirada, obliga a exponerse y conduce a volver con preguntas que ya no admiten silencio. Aquí, viajar no es huir ni acumular experiencias; es exponerse a la alteridad, confrontar privilegios, reconocer contradicciones y regresar distinto.

El concepto de anomia aparece desde el título del libro como una provocación teórica y se convierte en una clave interpretativa flexible para pensar los desajustes propios de la época contemporánea entre normas, expectativas y prácticas. Tal como se ha señalado en la literatura sociológica, remite a situaciones en las que la regulación social resulta insuficiente o contradictoria, lo que produce malestar, desorientación y desgaste moral (Alfaro[2]; López Fernández[3]). En *Viajes anómicos*, el malestar se expresa en experiencias marcadas por la distancia entre lo que el viaje promete y lo que finalmente ofrece, así como entre las lógicas de consumo y las formas de relación y regulación social que se ven debilitadas a lo largo del proceso.

A diferencia de las guías turísticas o de las narrativas de autocelebración propias del *travel blogging,* este libro apuesta por una escritura que incomoda. Cada destino —Tailandia, Cuba, Vietnam, Camboya, México, Colombia, Auschwitz, Berlín, Buenos Aires y Perú— se presenta como un campo de tensiones en el que confluyen memoria histórica, mercados, violencias, afectos y formas de resistencia. En ese marco, el turismo aparece como un dispositivo ambivalente que produce economías y subjetividades, promete encuentro, pero con frecuencia intensifica desigualdades y convierte la autenticidad en una escena para el consumo global (MacCannell). A modo de ejemplo, cuando Julio César

2 Alfaro, Eduardo. "El malestar en la sociedad moderna: anomia e individualismo". *Revista Pares - Ciencias Sociales,* vol. 2, núm. 2, 2022, pp. 256-269, http://hdl.handle.net/10469/18905.

3 López Fernández, María del Pilar. "El concepto de anomia de Durkheim y las aportaciones teóricas posteriores". *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana,* vol. 4, núm. 8, 2009, pp. 130-147. Redalyc, https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211014822005.

recorre Tuol Sleng, en Phnom Penh (Camboya), una antigua escuela convertida en centro de tortura y hoy museo, avanza entre audioguías, filas y vitrinas que ordenan el espanto; la visita preserva la memoria del genocidio, y a la vez, la administra como experiencia para el viajero, de modo que el homenaje convive con la sospecha de participar en la estetización del dolor.

El principal mérito de esta obra reside en su esfuerzo sostenido por comprender antes que juzgar. Julio César escribe desde una implicación consciente, en la que observar implica exponerse, dejarse afectar y asumir las tensiones del encuentro sin resguardos morales. La sociología que recorre estas páginas se construye desde la experiencia y el contacto directo con territorios, personas y memorias que desbordan cualquier esquema previo. En ese sentido, el libro piensa desde el camino, contrasta categorías en lugar de imponerlas, amplía horizontes de significado y convierte la incomodidad en una vía de conocimiento, mientras la deriva del viaje se vuelve un método para leer las formas contemporáneas del vínculo, la desigualdad y la memoria.

Hoy día, cuando el turismo se ha consolidado como una de las industrias más influyentes y viajar aparece como una exigencia cultural, *Viajes anómicos* invita a detenerse. La lectura acompaña recorridos que se comprenden junto a las historias que los sostienen, muestra paisajes atravesados por memorias y asimetrías, y recuerda que todo viaje activa economías, afectos y sentidos en disputa. Con una mirada sociológica arraigada en la experiencia, el libro propone una forma de viajar atenta y sensible, abierta a dejarse afectar por contextos, vínculos y condiciones que hacen posible cada trayecto.

Al final, el viaje continúa en el regreso. Volver implica integrar lo vivido, reordenar la experiencia en los vínculos cotidianos y asumir responsabilidades en los espacios habitados. El retorno se convierte en una oportunidad de aprendizaje en la que la experiencia se transforma en conciencia. En esa clave se reconoce el sentido del libro, viajar como forma de conocimiento que deja huella, transforma la manera de estar en los lugares y de encontrarse con otras personas, y permite comprender las tramas que los atraviesan, las memorias y las desigualdades junto con la belleza, la hospitalidad, la creatividad y las celebraciones que recuerdan por qué vale la pena volver.

Carlos Arturo Romero Huertas

Líder Nacional Programa Sociología, UNAD

SER TURISTA O VIAJERO

Por cosas de la vida estudié turismo cuando siempre había querido estudiar sociología. Sin embargo, la vida, con todas esas cosas que tiene que no dejan de sorprender, me fue llevando hacia una modalidad de turismo que me sugería mirar esta actividad desde otro ángulo. Así, pude involucrarme en el turismo social en el 2008, trabajando para el Gobierno de Chile.

Años después regresé a mi país, Perú, donde diseñé y dirigí el programa de turismo social que hoy tiene el Gobierno. En el 2018 junto a dos compañeros creamos la Fundación Peruana de Turismo Social, la cual actualmente dirijo y día a día me sigue enfrentando a una forma cada vez más crítica de ver este sector.

En su libro *De la sociedad del espectáculo a la globalización*, Alfredo César Dachary señala lo siguiente: "El turismo es el caballo de Troya de la globalización, ya que llega hasta los lugares más olvidados, primero como esperanza, y luego, como modelo de imposición. Es la nueva utopía de los países pobres, la nueva colonización de los países ricos, una verdadera síntesis de la propia globalización" (48).

Esto que menciona Dachary lo había visto a lo largo de mis años de trabajo, pero lo había pasado por alto. Dichas dimensiones negativas del turismo estaban permanentemente ahí, tanto que se me hicieron por momentos imperceptibles y, por lo mismo, incuestionables. Y es a partir de que empecé a estudiar sociología que se hizo más evidente o quizás imposible de eludir, y me comprometió a dedicarle más tiempo para analizarlo; aunque no necesariamente desde afuera, pues mis formas de concebir los viajes, que por suerte he tenido la oportunidad de hacer, empezaron a cambiar.

Sin ánimo de caer en una comparación que no tiene la misma magnitud, empecé a entender, por ejemplo, por qué motivo, en el documental *Roadrunner: A Film About Anthony Bourdain* (Neville) sobre la vida de Anthony Bourdain, su rostro fue cambiando desde los primeros viajes hasta los últimos que hizo. Menciono lo de la comparación porque he visitado hasta el momento veintiocho países y en todos he encontrado (y ahora se me presentan de forma más clara) ciertas dimensiones no tan agradables o por lo menos cuestionables de los sitios donde me he divertido mucho, como Vietnam, Camboya, Polonia, México, Cuba, Colombia sin duda y mi propio país, Perú. Todos esos lugares, los territorios turísticos y

quienes los habitan, tienen características y dinámicas en común que se repiten en mayor o menor medida, pero ya hablaremos de eso más adelante. Creo que esa es la causa de la desolación en el rostro de Bourdain.

Analicemos rápidamente el concepto de turista. Desde el enfoque del mercado, ONU Turismo define al turista como todo aquel que se desplaza de su lugar de residencia a otro lugar por motivos personales, profesionales o de negocios, no con la intención de migrar, sino por el afán de conocer, pasar sus vacaciones o vivir ciertas experiencias, realizando actividades turísticas que a la vez suponen un gasto turístico. Este cambio de residencia es mayor a un día y menor a un año.

Ahora bien, desde nuestra profesión y oficio, como diría MacCannell en *El turista: una nueva teoría de la clase ociosa*, el turista es sociológicamente análogo al trabajador industrial del siglo XIX. Tanto el trabajador industrial como el turista buscan significado y autenticidad en un contexto de alienación y fragmentación causado por las estructuras sociales y económicas dominantes. Para Marx, el trabajador estaba alienado de su trabajo, ya que no controlaba ni el proceso ni los resultados, y así era una pieza más del sistema industrial. En el siglo XIX, el trabajador buscaba un sentido de pertenencia y autenticidad fuera de las condiciones industriales, tal vez a través de movimientos sociales, la religión o la idealización de la vida rural.

En la modernidad, las personas también están alienadas de las experiencias auténticas debido a cómo transcurre la vida por las estructuras turísticas y comerciales. Por tanto, buscan vivencias "auténticas" que además las reconecten con la idealización de culturas, tradiciones o paisajes, aunque estas experiencias estén a menudo diseñadas y manipuladas para el consumo. Los aportes de Goffman son útiles para analizar este fenómeno.

En ese sentido, hay algo muy importante que no se puede pasar por alto: el turista también refleja divisiones de clase, ya que el tipo de turismo que alguien puede experimentar (de lujo, mochilero o de aventura) está ligado a su posición económica y social. De hecho, las categorías de desigualdad están más atomizadas, ya no se trata solo de la diferencia de clases, por ejemplo, la clase alta viaja y la clase baja, no. Ahora, no es igual si alguien viaja con un paquete turístico o si viaja de mochilero; si viaja dentro o fuera del país; si viaja a una casa o a un hotel frente al mar, o si va a acampar, etcétera. Es algo así como dime a dónde viajas y cómo, y te diré quién eres.

En un contexto más metafísico, el turista moderno es aquel que anda en la búsqueda de sí mismo. Algo que, en lo particular, siendo un viajero empedernido,

no me termina de convencer. Quizás, esto se deba a que siempre me dijeron que seguramente yo viajaba para escaparme de algo, para alejarme de mi realidad. No obstante, debo confesar que, como ya lo comenté, no hace mucho tiempo, sentado en mi casa haciendo cualquier banalidad, me di cuenta de que yo no viajo porque me guste irme, sino porque me gusta mucho volver y saber que tengo a donde regresar, no solo pensando en un espacio físico, sino también en lo que conlleva: la familia, los amigos y los lugares que son de alguna forma reiterativos en mi vida cotidiana y parte de mi identidad.

Pero ¿por qué en vez de disfrutar del turismo ahora pretendo analizar mis viajes desde la sociología? Porque el turismo, entendido como un fenómeno social, entre otras cosas, está cargado de procesos, símbolos y significados que vale la pena analizar. Aquello que sucede en los territorios turísticos y en el encuentro entre el turista y el local tiene un significado y una repercusión. Al abrir más los ojos y analizar sociológicamente lo que he visto durante mis viajes, confirmo que el turismo es ese caballo de Troya que menciona Dachary y que, así como se le atribuyen grandes beneficios, también genera muchos perjuicios en los espacios donde se desarrolla, de los cuales no solo he sido testigo, sino también una parte activa que espero no seguir siendo.

Más allá de eso, dichas dinámicas, antes ocultas para mi forma de procesar la información, son lo que me motiva a escribir este libro, que no pretende ser una suerte de juicio que determine si el turismo es bueno o malo. Solo intento contar coloquialmente lo que he visto, cómo lo vi en su momento y cómo lo veo ahora.

GIRLS
GIRLS
GIRLS

TAILANDIA Y EL SEXO COMO *SOUVENIR*

Como muchos de mi edad, crecí con *Rambo II* y *Desaparecido en acción* (más conocida por estos lados como *Prisionero de guerra*). Poco después apareció Van Damme con un arte marcial con aura de divinidad, haciendo sus movimientos de estiramiento propios del *kickboxing* en un lugar llamado Ayutthaya, otrora capital del reino de Siam, una ciudad ubicada en un país que parecía muy lejano e inalcanzable, vecino del maravilloso Vietnam. Dichas películas se desarrollaban en lugares que parecían ser tan exóticos como peligrosos. Así que, fiel a mi actuar y totalmente irresponsable de mis actos, decidí ir hacia allá y conocer la tierra de Tong Po.

Tras un sinfín de horas de vuelo y una larga escala que me permitió dar un paseo por Tokio junto a Aki, una gran amiga japonesa, llegué al aeropuerto Suvarnabhumi. Allí, tras buscar el módulo donde registrar mi vacuna contra la fiebre amarilla, me recibió en la cinta transportadora de equipaje ya vacía una hermosa señorita con un letrero que decía: "Mr. Díaz". Sabía que no era alguien que me recogería en el terminal aéreo para llevarme al hotel, por lo que solo significaba una cosa: mi maleta no había llegado; tal como lo había presentido, pues la escala en Toronto fue muy breve y hubo cambio de avión. De modo que solo me quedó replantear mis primeros días de viaje y quedarme en Bangkok. Tal vez, esta es una de las cosas que más me han enseñado los viajes: improvisar.

Algo cansado y con ganas de una ducha, elegí un hotel en Sukhumvit, una zona estratégica para lo que quería conocer, llena de vida, venta de comida, centros comerciales y muchas casas de masaje. No daré el nombre del lugar, pero me sorprendió que, al ingresar, tuve que firmar un documento que los eximía de cualquier problema en caso de encontrar personas desnudas o teniendo sexo en algún lugar del recinto. Siguiendo nuevamente mis irresponsables actos, firmé sin terminar de leer y me dirigí a mi habitación, compartida con siete chicos y chicas de distintas nacionalidades.

Estaba a miles de kilómetros de casa y la verdad no me venía nada mal ni un desnudo ni mucho menos algo de sexo. Además, ya traía algo perturbada la cabeza por la abrupta aparición de Ning, una bella masajista tailandesa que se atravesó

en la calle en mi camino al hotel y me ofreció un masaje prometedor. Pero vayamos por partes, que un poco de historia resumida nunca viene mal.

Tailandia, denominada reino de Siam hasta mediados del siglo XX, estuvo organizada cronológicamente en tres reinos, cada uno con sus capitales. Sukhothai fue la capital del primer reino, el cual fue fundado en 1238 y estuvo vigente hasta 1350, cuando los thai proclamaron su independencia de los khmer y crearon el reino de Siam. Este segundo reino tuvo como capital a Ayutthaya, cuyo nombre significa "ciudad impenetrable", la cual fue fundada por el rey Ramathibodi I; algunos la llamaban "la Venecia de Oriente". Este reino se desarrolló desde 1350 hasta 1767, cuando tras años de lucha cayó bajo dominio de los birmanos, quienes lo saquearon y destruyeron. Ese mismo año, los tailandeses bajo el mando del rey Taksin lograron expulsar a los birmanos y trasladaron la capital a Thonburi, donde se dio inicio a un nuevo reino que solo se mantuvo por pocos años, hasta 1782.

Al acceder al trono del reino de Siam, el general Chao Phraya Chakri o Rama I decidió construir un palacio en la orilla oriental del río Chao Praya, donde instaló la nueva capital del reino: Rattanakosin o "lugar de guarda del Buda Esmeralda". En la otra orilla del río ya existía un pequeño poblado denominado Krung Thep Mahanakhon o "ciudad de los ángeles", que con el tiempo sería conocida como Bangkok. Según el informe *Top 100 City Destinations Index 2024* de Euromonitor International, en el 2024, Bangkok fue la ciudad más visitada a nivel mundial, alcanzando la abrumadora cifra de 32,4 millones de turistas.

Ahora volvamos a febrero del 2020. Ahí estaba yo, recorriendo Bangkok. Y no lo podría negar, la Tailandia exótica y sensual (o sexual) también estaba en mi imaginario. Ning solo me había acercado un poco más a ello.

La noche en Bangkok no cae, se enciende, se prende. Ese calor que llena de humedad la ropa te abraza para no soltarte. Los bares con sus luces de neón deslumbrantes iluminan las cabezas calvas de gringos con camisas hawaianas, *shorts* y sandalias, quienes se ríen mientras aprietan la cintura de una delgada pero bella mujer local, una *shemale* o *ladyboy*, como se les conoce. Es evidente que se acaban de conocer, que no saben ni sus nombres, pero se ve que están en confianza. El lenguaje en el que se comunican no necesita traducción. Negocian intimidad.

Todo eso no me parece tan extraño, en Lima también se ve, quizás de forma más encubierta, pero al final resulta siendo lo mismo. La modernidad y la sociedad de consumo nos presenta el cuerpo no solo como un ente fisiológico, sino como una

mercancía en sí misma que es el principal medio de producción y distribución simbólica.

En *La sociedad del cansancio*, el filósofo Byung-Chul Han nos advierte de un nuevo sujeto que ha dejado de ser disciplinado por fuerzas externas y se ha convertido en un explotador de sí mismo, convirtiendo al cuerpo en su capital emocional, estético y funcional. Basta con ver las redes sociales e indagar sobre la cultura del emprendimiento o el cada vez más común mundo del *fitness*. El cuerpo se ofrece, se evalúa, se mide y se monetiza. El cuerpo se ha convertido en un proyecto empresarial que requiere una actualización continua. El sexo no deja de ser un segmento de mercado y, si a esto se agregan ingredientes tan explosivos como "lo exótico" o "lo auténtico", no hay comprador que se resista.

Se dice que, en Tailandia, entre el 8 % y el 16 % del Producto Interno Bruto (PIB) lo aporta el trabajo sexual. Si bien está considerado ilegal, esta actividad es un motor de la economía. Eso me llevó a querer entender, más allá del ámbito moral, cuáles son las condiciones sociales, económicas y culturales que hacen del turismo sexual un fenómeno con distintos ángulos desde donde analizarlo.

El turismo sexual no es un fenómeno nuevo en Tailandia, sino una actividad influenciada por la historia política y económica del país durante la segunda mitad del siglo XX. En las décadas de los sesenta y los setenta, Tailandia fue un lugar estratégico para el asentamiento de militares estadounidenses que se destacaron en la guerra de Vietnam. Las bases militares instaladas demandaron servicios sexuales y pronto encontraron burdeles y bares de alterne en lugares como Bangkok y Pattaya, hasta hoy conocida como la ciudad del pecado. Aquí nace lo que, en la actualidad, es la industria del turismo sexual tailandés.

Tras el fin de la guerra, en la década de los ochenta, Tailandia liberalizó su economía y abrió sus puertas al mercado global, optando por una política de "tolerancia" hacia el trabajo sexual, ya que el turismo era uno de los principales aportantes al PIB y una de las principales fuentes de ingresos en algunas regiones.

Con el paso de los años, el auge del turismo sexual se vio alimentado por la participación de las mujeres en el sector informal del trabajo, sobre todo en las áreas rurales en situación de pobreza. Sumado a esto, la globalización y la difusión cultural occidental contribuyeron a que se construyera todo un imaginario que tenía como principal actor al cuerpo femenino como medio para conseguir placer y lograr un acercamiento a "lo exótico".

Esta forma con la que Occidente y sus flujos turísticos ven a Tailandia no ha cambiado, al contrario, se ha arraigado aún más, lo cual ha generado otras problemáticas que requieren atención con urgencia. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) ofrece algunos datos preocupantes: se estima que al menos el 20 % de los viajes internacionales que se hacen al año tienen como motivo principal el turismo sexual y el 3 % de ellos, el turismo sexual con menores. Por otra parte, ONU Turismo estimó que 1400 millones de turistas realizaron un viaje al extranjero en el 2024. Los números resultantes al hacer los cálculos respectivos son impactantes.

Por otro lado, según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), cada año, un millón de niños entra a la industria del sexo; entre dos y tres millones son víctimas de explotación sexual con fines turísticos, y un tercio de las víctimas de trata de personas en el mundo están involucradas en la explotación sexual, de las cuales la mayoría son niñas tailandesas y laosianas.

En Tailandia, al igual que en otros países del Sudeste Asiático, el cuerpo es un producto cultural convertido en un territorio de fantasías globalizadas además de una herramienta de subsistencia, que muchas veces, como en el caso de Ning, no es más que un medio de trabajo que le permite no caer en la pobreza. El cuerpo se ha convertido en el único capital disponible para muchas y muchos.

A Ning la vi muy temprano, casi a las diez de la mañana, y después de dos días en los que me cruzaba con su sonrisa y sus ojos grandes y rasgados, que brillaban incluso hasta la otra acera, cuando por evitar caer en la tentación cruzaba para esquivarla, decidí aceptar su oferta. Tan solo un masaje en las piernas… *OK*, tal vez estaba dispuesto a algo más que eso.

El lugar a donde Ning me invitó a pasar estaba muy limpio, tenía una ducha y una camilla. Ella se fue, dejándome solo por un momento, y regresó con unos aceites. Fue media hora de masajes que se hizo muy entretenida por la conversación, durante la cual solo hablamos del día a día, me contó de sus hijas, de su huerto, de su horario de trabajo y de cómo el “final feliz” era solo parte de sus labores para quien quisiera y para quien ella lo ofreciera. Y no era más que eso, un trabajo, que precisamente en una hora terminaría, tiempo suficiente para ir al hotel, bañarme y salir a cenar con ella, invitación que muy cortésmente aceptó.

Esa noche, mientras intentábamos entendernos en un inglés que ambos manejábamos medianamente, pude comprender que no solo se trata de vender un servicio físico, sino una experiencia emocional, todo un paquete para el deseo foráneo y la fantasía extranjera, que se complementa con la belleza de su rostro,

sus atributos corporales, su sonrisa y su buen trato. El trabajo de Ning, como el de muchas otras mujeres tailandesas, es tal vez una forma de “trabajo emocional”, un término acuñado por Arlie Hochschild que hace referencia al manejo de sentimientos para cumplir con el rol profesional por un salario establecido y que, en este caso, además, buscaría inducir sentimientos en el cliente, una sensación de satisfacción por lo que está pagando.

En el caso de Ning, la relación que tiene con su trabajo no es violenta ni forzada, es la plena elección de una opción que, para ella, es válida en su búsqueda de tener una mejor calidad de vida propia y de los suyos. Ella decide con quién sí y con quién no. Ella decide a quién ofrecerle el masaje y a quién el final feliz. No vende su cuerpo, sino un servicio, me dice, en los pocos minutos que tocamos el tema. No obstante, esa relación podría estar marcada no solo por el dinero, sino también por la desigualdad y el poder.

El turismo es sin duda un dispositivo de movilización global que ha ido transformando algunas zonas del mundo, como Tailandia y otros lugares del sur global, en territorios eróticos o erotizados, que invitan al consumo de cuerpos y afectos. MacCannell afirma que el turista busca autenticidad en espacios distintos y ajenos, una autenticidad preconcebida a partir de las expectativas y los estereotipos fabricados desde el norte global. Si vemos cómo se desenvuelve el turismo sexual, Tailandia es un destino elegido no solo por su belleza natural, sino también por su disponibilidad de cuerpos feminizados, racializados y a disposición de la experiencia del deseo, un deseo construido socialmente por lógicas coloniales bajo la fachada de libertades individuales y consumo cultural.

Para unos, Tailandia es un imaginario geopolítico donde se proyectan ficciones de guerras y artes marciales milenarias. Para otros, es un lugar donde se proyectan las fantasías y desigualdades de un sistema globalizado y absorbido por un mercado cuya demanda exalta la libertad, pero ignora las condiciones materiales que la producen.

Eva Illouz sostiene que el capitalismo no solo transforma bienes materiales, sino que también se ha encargado de reorganizar los afectos, las emociones y las formas en las que nos vinculamos con otros. En sus estudios sobre el capitalismo emocional, plantea algo que encuentra en Tailandia el ejemplo perfecto. El mercado ha colonizado los lenguajes del amor y la intimidad, situándolos en clave de consumo. La experiencia emocional, es decir, el afecto, el cuidado, la escucha, la compañía o el sentirse deseado, resulta ser una mercancía de intercambio y con tarifa establecida. El afecto se convierte en capital simbólico y el vínculo

íntimo en la personalización de una experiencia de consumo: las emociones y los afectos no desaparecen, solo se administran, se simulan y se venden.

Mientras terminábamos de comer unos rollitos y bebíamos el último trago de la primera cerveza de la noche, desfilaban cerca de nosotros una diversidad de turistas, cada uno con una tailandesa al lado. Los miraba de reojo para no perder la atención de Ning y pensaba que tal vez, solo tal vez, aquel turista de camisa o aquel otro de *jean* o ese de lentes no solo quería comprar el cuerpo de esa mujer, sino la ilusión de ser querido, al menos por un momento, sin condiciones.

Ning mantiene una relación con un norteamericano que tiene negocios en Japón y que conoció también gracias a los masajes; aunque ella lo llama *khun phee*, una forma respetuosa de decirle algo así como "hermano mayor". Tres o cuatro veces al año, ella lo acompaña durante una semana a Japón. Mientras él está lejos, casi a diario le envía una *selfie*, semanalmente la llama y mensualmente le asigna un dinero que le ayuda para cubrir los gastos de sus hijas. Ning hace una pausa y me cuenta algo muy interesante: "yo hago *dulae*".

Existe el término tailandés *dulae*, que puede traducirse como "cuidar", "atender" o "proteger". Si lo situamos en el contexto del trabajo sexual, este término cobra mucho sentido. Eso es lo que ella y muchas otras chicas ofrecen a sus clientes, algo que puede parecer una relación afectiva sostenida, es decir, una relación en la que el sexo solo es un momento entre muchos otros, lo que quizás es más importante para ellas. Los escuchan, los acompañan, les cocinan y, como haría Ning conmigo, les envían mensajes para saber si regresaron bien a sus países.

El *dulae* tiene tanto que ver con la cortesía como con una suerte de fidelización emocional del cliente. Quien está al frente no es una trabajadora sexual que solo cumple un rol de objeto de deseo, sino que es una figura cuidadora, atenta, amorosa e incluso maternal, todas ellas o cualquiera de ellas, según lo que el cliente necesite. Muchos de los clientes, como es el caso de su *khun phee*, también entran en dicho juego: creen que cuidan de ellas al enviarles dinero, regalos o prometiéndoles una formalidad que no llegará (o sí). Esto refuerza dinámicas paternalistas que evocan una forma genuina de vínculo afectivo, pero que a su vez pueden disparar o potenciar desigualdades estructurales que se disfrazan de afecto correspondido y encubren relaciones de poder y dependencia.

El *dulae* es el lenguaje que usa Ning para llegar a sus clientes y es una forma de reafirmar que su valor no se reduce al cuerpo. Asimismo, su *khun phee* asume que ella tiene un trabajo, que su sonrisa no es exclusiva para él y que su cuerpo

tampoco lo es. No hay exigencias de por medio, solo la esperanza de que pasen rápido los meses para volver a sentirse querido y cuidado.

Para algunos investigadores, lo complicado del enfoque del "problema social" del trabajo sexual en Tailandia tiene que ver con algo importante que se pasa por alto y es la intencionalidad de la trabajadora sexual. La mayoría de los estudios realizados, como lo plantean Petra Lemberger y Tony Waters en su artículo "El entretenimiento sexual en Tailandia: trabajo alienado y la construcción de la intimidad", tiende a abordar las categorías con la mirada occidental totalizadora, ignorando el hecho de que, en Tailandia, las emociones son la base de su filosofía, así como la propia mirada que las mujeres tienen de su mundo. Eso es tal vez lo que más me llamó la atención de Ning, que siempre se haya referido a su trabajo como si se tratara de una oficina donde recibe llamadas, redacta cartas o despacha expedientes.

Más allá del estigma que hay en todos lados sobre el trabajo sexual, incluido en algunos sectores de Tailandia como las zonas rurales, el turismo sexual pone en evidencia una economía emocional transnacional, en la que la compañía, los afectos y el cuidado son ahora servicios con códigos de barras dentro del mercado global. El afecto viene empaquetado y está siempre en la vitrina para quien desee comprarlo.

La noche en Bangkok avanza y Ning me tiene embelesado, el alcohol hace su parte y estoy a punto de proponerle ese otro plan, en otro lugar, que taladra mi cabeza desde la mañana de hace dos días. Ning sabe que se lo voy a proponer y no hace falta que diga nada. Desliza su mano bajo la mesa, me acaricia el muslo, me sonríe tierna y maliciosamente, y en un inglés que la cerveza hace cada vez más difícil de entender me pregunta: ¿Te explico nuevamente qué es el *dulae*?

CUBA Y EL TEMOR ANTES DE ATERRIZAR

“Estimados pasajeros, hemos iniciado el descenso al Aeropuerto Internacional José Martí de la ciudad de La Habana, Cuba”. Nunca había sentido tanto miedo de un aterrizaje, ni durante esos últimos minutos previos a llegar a Hanói, en Vietnam, cuando el gringo sentado al frente me miró nervioso y levantó las cejas como queriendo decir “hasta aquí llegamos”. A pesar de la hermosa voz caribeña de la aeromoza, sentí miedo. Pero esta vez no era un temor producto de mi miedo a volar ni de una tormenta ni de que ocurriera algún accidente. Esta vez mi temor era ideológico.

Llevaba años, tal vez veinticinco, desde que quise conocer Cuba. Ya de joven era un seguidor de las míticas historias de las que esta maravillosa isla está rodeada. Cada frase de Fidel Castro, el rostro del Che Guevara y la famosa consigna “Patria o muerte: ¡venceremos!” me hacían emocionar. Pero a lo que estaba por enfrentarme era otra cosa. La realidad de la cotidianidad me generaba un temor, como el que siente quien está a punto de confesarle su amor a alguien sin saber si va a ser aceptado o rechazado.

Analizar la realidad cubana sin tocar el tema del embargo que sufre la isla desde la década de los sesenta del siglo pasado es inútil. Habrá quien diga que el embargo es un pretexto, y habrá quien entienda que este es indisociable de la realidad que se vive en la isla. De modo que, superado esto, entender la sociedad cubana desde su cotidianidad, su creatividad y sus vínculos comunitarios resulta más enriquecedor.

La preocupación era mayor porque no viajaba solo. Iba con mis padres y mi hermano. En enero de ese año, tras una cotización de exámenes médicos que debía realizarse mi madre, ella, como buena viajera, soltó el comentario: “Con ese dinero mejor nos vamos de viaje”. Ahí caímos en cuenta de que, a pesar de tantos años de viajar, nunca lo habíamos hecho los cuatro juntos, es decir, mis padres, mi hermano y yo. Eso haría de este viaje algo aún más especial, por lo que mi preocupación de lo que encontraríamos en Cuba aumentaba. Mi posible decepción tendría testigos que me lo recordarían toda la vida. Pero bueno, la fecha escogida para el viaje coincidía con mi cumpleaños y yo decidía el país al que iríamos, y sin dudarlo elegí Cuba.

La primera impresión sería al abordar el taxi. Aquel señor mayor, como todo cubano, muy hablador, nos empezó a contextualizar. Mencionó lo típico, las cosas malas, las cosas buenas, el vivir "inventando" y una frase final, heredada del gran José Martí, que se repetiría durante todo el viaje: "Nuestro vino es amargo, pero es nuestro".

Cuando hablamos de vida cotidiana nos referimos, como dirían Berger y Luckmann, a la realidad suprema, a esa forma cómo comprendemos el mundo y a los que nos rodean, a todas esas condiciones de vida materiales, subjetivas e intersubjetivas que se construyen en el diario vivir, en el cual creamos e intercambiamos los símbolos y significados que nos hacen parte de una realidad común. Entonces, tener que resolver el día a día es una tarea que configura la realidad del cubano, su identidad y su sentido de vida.

No es fácil, no voy a mentir. En un mundo globalizado, que además está muy marcado por los valores que impulsa el neoliberalismo e impone el mercado mundial, como sistema que regula las actividades humanas a todo nivel, es difícil tener que vivir con un internet limitado (que ahora es menos limitado) y la consecuente falta de acceso a la información y a la tecnología. Tener que vivir lidiando con eso no es más que una muestra, sin ánimo de romantizar, de cómo el ser humano se adapta a su realidad, por ejemplo, con autos de mitad del siglo pasado que siguen funcionando, como el que maneja Robert, nuestro conductor que nos guiará por dos días entre Matanzas y Santa Clara.

> Aquí lo que se hace es inventar. ¿Que cómo hago funcionar esto? Simple, este auto es americano, o era, porque ahora lleva un motor ruso, unas luces chinas y una batería que ya no recuerdo de dónde es de tanto que la he cambiado. Aquí, lo que me sobra puede servirle a otro y lo de otro a mí, así que, como todos estamos siempre "inventando", nos damos una mano.

El orgullo de Robert no es tener un auto, es hacerlo funcionar a pesar del acceso limitado a repuestos o a un vehículo nuevo. Sin embargo, va cantando y va respondiendo a las preguntas que cuatro "turistas" peruanos le van haciendo en el camino. Él, sin medirse, va respondiendo una a una las preguntas, nos cuenta de sus hijos, de la hija que está por migrar a Estados Unidos y de cómo le gustaría viajar a conocer otros países, pero sin irse definitivamente de Cuba por una simple razón que afirma al final de su historia: "Nuestro vino es amargo, pero es nuestro".

Dicha frase, más allá de que suene a resignación o a una convicción de que en otros lugares debe suceder lo mismo, en mayor o menor medida, deja claro que las limitaciones materiales por las que pasan los cubanos no han anulado su agencia social, por el contrario, la han convertido en inventiva. "Hacer con lo que tengo" e

“inventar”, como dicen coloquialmente, no son más que tácticas aplicadas para poder vivir dentro de sistemas que no se pueden controlar.

En su libro *La invención de lo cotidiano*, Michel de Certeau habla de tácticas cotidianas, las cuales se despliegan como una respuesta o una práctica de resistencia ante sistemas de poder como el Estado, el mercado, la ciudad o el sistema turístico, si nos situamos en un país que vive de esta actividad y que antes de la pandemia recibió más de 4,2 millones de turistas al año. De Certeau propone que, aunque estos sistemas de poder imponen sus estructuras y sus reglas, los individuos no son entes pasivos, sino que inventan formas de usar dichos sistemas a su favor y crean estrategias a las cuales llama tácticas. Para el caso cubano, no serían más que ingeniosidades del débil para sacar ventaja y politizar las prácticas cotidianas.

Un ejemplo de lo anterior ya lo habíamos podido apreciar en La Habana, una ciudad turística muy vigilada, donde no solo hay cámaras, sino también está la rígida vigilancia de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), que, además de desempeñar un papel de apoyo a la comunidad local, son una instancia de vigilia. El cubano, a pesar de esto, se las ingenia para llegar al turista, conversarle, ofrecerle habanos o ron a un mejor precio, e incluso solicitarle la colaboración de un Peso Convertible Cubano (CUC), una de las monedas que se usaban en ese momento equivalente a un euro.

En Cuba, el capital social, entendido como esa red de relaciones que se tejen para la sostenibilidad de un grupo cuando el Estado está limitado o el dinero no alcanza, se observa por donde se camine. Existe una red humana que toma forma de riqueza en una economía que ciertamente tiene poco flujo material. Pero los rituales de interacción que se despliegan en Cuba no solo han creado símbolos de pertenencia grupal en la isla, sino que los han llenado de energía emocional y afectiva. Randall Collins plantea como uno de los aspectos importantes en las relaciones humanas que una exitosa construcción en la coordinación emocional dentro de estos rituales de interacción es producida por los sentimientos de solidaridad, esa solidaridad que el cubano sabe producir y reproducir.

En un mundo donde los procesos de individualización nos llevan cada vez con más rapidez al deterioro de lo colectivo y a la ruptura de esa solidaridad, el sentido de comunidad que posee Cuba sigue intacto o al menos está demorando en resquebrajarse como ya ha sucedido en otros países. Esto le quedó claro a mis padres, quienes, tras salir a comprar azúcar y fracasar por no tener moneda cubana, tuvieron la grata sorpresa de que una vecina los invitara a su casa, les sirviera café y les regalara un poco de azúcar para llevar. Casualmente, esta

vecina era familiar del gran humorista Leopoldo Fernández, más conocido como Tres Patines. Esto es un fiel reflejo de lo que propone Zygmunt Bauman cuando habla de la búsqueda de comunidad y de que esta sea un entretejido basado en el compartir y el cuidado mutuo.

Sonará a cliché, pero el cubano parece haber entendido todo: la comunidad es más fuerte que el sistema; sin solidaridad, no hay comunidad, y, sin sentido de comunidad, no hay pueblo que resista.

Habíamos llegado a Santa Clara, justo cuando cerraba el mausoleo donde reposan los restos de Ernesto Guevara La Serna, conocido en su adolescencia como Fuser (el furibundo Serna) y como el comandante Che Guevara o simplemente Che en todo el mundo. Al pie de su enorme monumento, un policía cubano, de más de cincuenta años, miraba sonriente nuestra sesión de fotos, se acercó y dijo con orgullo: “Si él siguiera vivo, el mundo no estaría como está”. Tal vez tenga razón o solo sea la ilusión que la imagen del Che inspira. Siendo las cinco de la tarde, con la puesta de sol y pensando en las horas de camino que nos quedaban hacia Santiago de Cuba, empuñé la mano, posé bajo el monumento y disparé la cámara. Solo quedaba decir: “Hasta siempre, comandante”.

Tras largas horas en el Viazul, el bus que nos trasladaba, llegamos a Santiago, la segunda ciudad más importante de la isla. Fue fundada en 1515 por el español Diego Velásquez de Cuéllar y fue capital de Cuba por un tiempo, antes de que lo fuera La Habana. Gracias a su ubicación estratégica, fue un centro de flujo comercial y de importancia militar, así como un enclave cultural debido a la mezcla de elementos españoles y africanos, que se asentaron en el territorio como consecuencia de la creolización.

Había ido por nosotros Alejandro, un profesor de la Universidad de Oriente, quien, con motivo de mi visita a la ciudad, me invitó a dar una charla sobre turismo social a los estudiantes de la Maestría en Turismo. Luego de sus palabras de bienvenida y una vez montados en el almendrón (automóvil antiguo usado como taxi) rumbo a La Casa de Ana, el alojamiento de Airbnb donde nos quedamos, Alejandro nos fue señalando cada lugar importante por el que pasábamos. Sin embargo, en mi cabeza solo se repetían los acordes de guitarra de la famosa canción *Chan Chan* de Compay Segundo y Buenavista Social Club. Más tarde fuimos a su tumba en el Cementerio de Santa Ifigenia, donde también descansan los restos de José Martí y de Fidel Castro Ruz. Es tal vez por eso que las calles de Santiago parecen tener una atmosfera cargada de revolución.

Para el poeta y revolucionario José Martí, quien fue el primero en sembrar la idea de una Cuba libre y digna, Santiago era el corazón patriótico del país. Desde allí, se organizaron las acciones iniciales de la guerra de Independencia a finales del siglo XIX, como una predicción de lo que vendría varias décadas después cuando Fidel Castro eligió Santiago como escenario clave para la revolución de los barbudos de la Sierra Maestra. El asalto al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1956, aunque fue un fracaso que terminó con Fidel preso y posteriormente indultado, marcaría el inicio de la lucha revolucionaria que culminaría en 1959 con el triunfo de la Revolución. En Santiago, el 1 de enero de ese año, desde el balcón del ayuntamiento en la que hoy es la plaza principal de la ciudad, Fidel proclamó la victoria sobre el gobierno de Fulgencio Batista y declaró a Santiago como ciudad heroica. De aquel episodio del Cuartel Moncada, en el que murieron algunos de los jóvenes que soñaban con cambiar el rumbo de la isla, años más tarde, Silvio Rodríguez nos regalaría una de sus canciones más bellas: *Canción del elegido*.

Estar frente a la roca donde reposan los restos de Fidel, siempre custodiados, resultó indescriptible. Hubiese querido haber venido a Cuba mucho antes, cuando aún podría haber tenido la esperanza de coincidir con alguna celebración en la que Fidel diera un discurso que me hiciera soltar lágrimas de emoción, como me sucedió cuando estuve ante el cuerpo de Ho Chi Minh en Hanói. Pero no se pudo, llegué algo tarde. De todas formas, con el corazón exaltado me detuve a leer: "Revolución es sentido del momento histórico, es cambiar todo lo que debe ser cambiado…".

Horas más tarde, después de la visita al cementerio, estaríamos en aquella plaza, por pura coincidencia, bebiendo unas cervezas y escuchando en vivo y en directo a Eliades Ochoa, otro de los integrantes de Buenavista Social Club. No hay duda de que esta ciudad respira en clave de son, porque es allí donde nació el son cubano, aquel ritmo híbrido que se despliega entre la raíz africana y el alma campesina. Allí, la música trasciende de ser un espectáculo para el turista a ser un modo de vida, una expresión cotidiana. La música la llevan en el cuerpo, es memoria que se expresa en el gesto, es memoria incorporada, diría Paul Connerton, una forma de recordar el pasado sin pensarlo conscientemente.

Durante aquella visita a Santiago, a su historia revolucionaria, a su son, a sus tradiciones santeras, a su ron y a su gastronomía, ninguno de nosotros se imaginaría cuán vinculados quedaríamos a esa tierra. Hoy, ese vínculo ya tiene casi seis años y se llama Bruno Martín Díaz Tussen, mi ahijado.

En efecto, Santiago no es una ciudad cualquiera. Santiago es una ciudad que crea memoria, la sostiene y la pone a actuar. Es su gente, más que sus monumentos,

lo que mantiene viva su memoria porque habita este territorio con la conciencia plena de lo que fueron.

Para Spinoza, las dos emociones básicas que poseemos los seres humanos son el miedo y la esperanza, y con estas nos relacionamos con el mundo. No es casualidad que ambas emociones nazcan de lo incierto. El miedo hace su aparición cuando no sabemos lo que viene, cuando lo próximo que nos va a suceder podría ser malo. La esperanza surge como un deseo que también tiene algo de imposibilidad. En ninguno de los casos tenemos control sobre lo que está por venir, pero mueven nuestras emociones cotidianas y rigen de cierta forma nuestro actuar.

El llamado "período especial" por el que pasó Cuba tuvo mucho de esto, un ciclón económico que afectó demasiado a la isla. Al caer el bloque soviético, aliado de Fidel, Cuba cayó en una oscuridad no solo energética. Si hubo una época de miedos y esperanzas, fue esa: por un lado, miedo a enfermar sin tener medicinas, a no tener qué comer al día siguiente y a que el futuro nunca llegara, y, por otro, la esperanza de ayuda humanitaria que llegara en barcos o aviones, de mejores condiciones como una promesa del gobierno y de la remesa que un familiar enviara desde afuera.

> Mi mamá me dijo que aquí fue que empezamos a inventar, que no podían dejar que el miedo los paralice ni que la esperanza los haga ingenuos. Que tocaba inventar porque, si no inventas, te come el miedo y, si solo te dedicas a esperar, te cansas y te mueres.

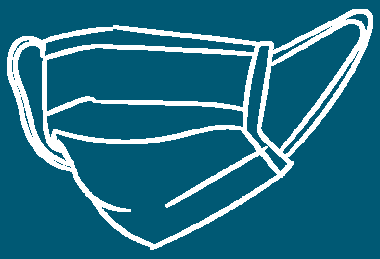
De eso me hablaba aquella mujer de más de cuarenta años que conocí la primera noche en La Habana, aquel sábado 17 de marzo del 2018, cuando salí a caminar solo y, agazapada en una escalera que conducía a una casa, me pidió un cigarro y un CUC. No recuerdo su nombre, fueron solo quince o veinte minutos de una charla que finalizó con un beso. No recuerdo ni cómo ni por qué terminó de ese modo, pero así había iniciado mi recorrido por Cuba.

La enseñanza que el período especial dejó a Cuba tal vez fue que, para sobrevivir, no se trata solo de fuerza, sino también de ingenio y de comunidad. Fue esa creatividad la que sostuvo a muchos, convirtiendo una bicicleta en taxi, una azotea en huerto, la escasez en voluntad y sobre todo alimentando la esperanza en colectivo. El cubano sabe que en tiempos de crisis no se sobrevive solo, sino en una red de ayuda mutua que teje distintas formas de resistir, que pueden no ser tan épicas, pero sí muy humanas.

Para muchos, vivir en Cuba es la materialización de lo que acabo de mencionar: conversar con un cubano mientras compras algo de comer o un *souvenir*; mientras te dicen algo en voz baja, como si también racionaran la opinión, o lo gritan para que todos sepan que la Revolución lo es todo; mientras vas en un taxi a un motel clandestino donde el dueño de casa, tras asomar y mirar a un lado y al otro, no tiene problema en arrendar un dormitorio para cuatro personas; mientras escucho, a ratos feliz y a ratos triste, a la chica que me acompaña a aquel motel y que, en ese momento, no sabía que un par de años después su hija, aún menor de edad, iba a migrar; mientras te indican por donde ir al bar que buscas, el Submarino Amarillo, en el que también estuvo Paul McCartney.

En todo momento, hay algo de miedo y de esperanza: al buscar cómo reparar un motor ruso o unos faros chinos, al recibir una remesa desde el extranjero que permita seguir quedándose en el país o al recibir una llamada desde Miami que avise que ya es momento de irse; miedo a perder algo valioso y esperanza de lo que aún es posible alcanzar; miedo y esperanza al pensar que algo podría cambiar.

Aterricé en Cuba con miedo y me fui con la esperanza de volver, ojalá más temprano que tarde.



VIETNAM Y MI INICIO EN EL COVID-19

"No se aceptan turistas chinos", los letreros en algunos restaurantes de Hanói me dejaban desconcertado. Quizás en Shanghái fueron más allá, ya que los letreros decían: "No se aceptan perros ni chinos", una sentencia aún más fuerte. Pero esto era solo el inicio de lo que vería un par de semanas después. El SARS-CoV-2 o COVID-19, como se le conocería, no solo reconfiguró nuestras rutinas y nos indujo al miedo, sino que desnudó muchos aspectos negativos que teníamos reprimidos como sociedad, de modo que los mecanismos de estigmatización, xenofobia y aporofobia propios de la sociedad moderna quedaron expuestos.

Este rechazo directo y discriminatorio contra una nacionalidad específica era tal vez el inicio de la construcción mediática del "otro peligroso" que se replicaría en todo el mundo, difundiendo velozmente el pánico que se apoderaría del planeta. El miedo fue aún mayor porque aquel virus que surgió en Wuhan escapaba de todo conocimiento científico y del conocimiento de nuestro propio cuerpo, lo que evitaba que este generara inmunidad.

Hablar de cifras y estadísticas no resulta tan interesante como analizar cómo el virus cambió las rutinas, los cuerpos, los afectos y los espacios, y cómo la sociedad y los Estados respondieron con disciplina, solidaridad y contradicciones, muchas de las cuales cobraron miles de vidas. En *La sociedad del riesgo*, Ulrich Beck nos invita a pensar cómo, en estos tiempos en que vivimos, los peligros, como dicho virus, no se pueden tocar ni ver, pero definen el transcurrir de nuestras vidas. Basta con ver cómo el miedo se propagó más rápido que el propio virus.

Era 14 de febrero del 2020 y un ciudadano japonés que había ingresado al país semanas antes sería la primera persona en morir en territorio vietnamita a causa del virus, según registraron los medios locales. Estaba de camino a la bahía de Ha Long cuando el mensaje de Messenger de un amigo en Lima me advirtió que tuviera cuidado, pues acababa de ver en las noticias que ya había un primer muerto por COVID-19 en la tierra del Tío Ho.

Si bien agradecí el gesto de preocupación, no le di mayor importancia. Aunque debí hacerlo, pues minutos antes también había recibido un mensaje de la plataforma en la que había contratado un *food tour*, el cual decía que el *tour* sería suspendido porque el guía había contraído "el nuevo virus" y que intentara reprogramar el recorrido para la siguiente semana. Tampoco le di mucha importancia,

en mi cabeza solo estaba la silueta con cabello ondulado que había ingresado a la habitación que compartía con otros viajeros aquella mañana, cuando el día aún estaba oscuro y yo estaba por salir de la ducha. En el silencio del dormitorio solo atinamos a mirarnos a contraluz, mover la cabeza en señal de saludo y seguir con nuestras vidas, yo vistiéndome y ella acomodando la ropa en su mochila sobre la cama.

El día transcurrió sin novedad. En Vietnam, todo parecía normal, sin mascarillas, sin termómetros tipo pistola sobre las frentes para medir la fiebre. La bahía de Ha Long había sido por muchos años uno de los lugares a los que quería ir antes de morir. Por tanto, disfruté sin reparos del crucero que se trasladaba entre los islotes y las cuevas que conforman la bahía.

La bahía de Ha Long fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). La tranquilidad de sus aguas color esmeralda está decorada por los casi dos mil islotes que están distribuidos con gran belleza por el lugar. Su nombre, Ha Long, no es más que el fiel reflejo de lo que las formas de las islas asemejan, cuerpos de dragones que se sumergen y emergen de las aguas. La geografía encuentra una explicación en los mitos y las leyendas que cuentan que el Emperador de Jade envió a un dragón para defender el territorio de los invasores chinos, el cual con su cola dio un golpe en la tierra tan fuerte que se crearon los islotes como barreras. Todo suena tan real, sobre todo mientras nos deslizamos entre la densa neblina y la humedad en una balsa de madera. Todo parece indicar que alguna criatura mitológica podría asomar al final de cada cueva o a la vuelta de cada islote.

Todo parece mágico. A esta escenografía se suman algunas familias que lavan su ropa en unos tablones afuera de sus cabañas de madera, hasta que por ahí asoma un crucero con un grupo de turistas en bata que están haciendo taichí y tienen cara de sentir la espiritualidad oriental posada sobre sus cabezas. Pero eso también es parte de lo que vende el turismo. Ya no son invasores chinos de lo que debe proteger el dragón, ahora es la promesa inconclusa del progreso que trae el turismo; con su basura, sus excesos y su folclorización; con todos los que vamos en el crucero y en la balsa, incluido yo.

Semanas o meses después, tal como sucedería en otros lugares, como las playas de Lima, las aguas se aclararon, se volvieron a ver peces y el verde de los islotes se intensificó. Las aldeas que moran en la bahía parecían haber tomado un ritmo casi preindustrial. La quietud que se apoderó de la bahía de Ha Long se compartía con el miedo y la incertidumbre, ya que el dinero que los visitantes traían no llegaba. Esas son las contradicciones del turismo, algunos lugares necesitan el dinero que el sector que los erosiona les brinda. Es la fragilidad de un modelo

económico que se sustenta en la llegada constante de otros y que parece no haber aprendido las lecciones de la pandemia.

Estaba en Hanói nuevamente, con el sombrero que me había prestado Vuong Ha, el joven conserje del hostal donde me alojaba, quien estaba aprendiendo español y, desde que vio mi pasaporte al llegar, me pidió que le hablara solo en mi idioma. De él tengo un buen recuerdo por su amabilidad y sus consejos cuando decidí salir de noche a buscar dónde comprar una chaqueta de militar vietnamita.

Había regresado y me sentía algo cansado, nada que un buen duchazo no pudiera solucionar. Hice el amago de salir y me paré en la puerta del hostal. Ahí, sentada a un lado en una pequeña banca, estaba ella, con su cabello ondulado y su aspecto latino.

—Hi, where are you from? —dijo.

Parece que mi rostro de sorpresa fue muy expresivo, ya que de pronto reformuló la pregunta.

—¿Hablas inglés? —dijo en un español con un acento extraño.

No recuerdo si le respondí en español o en inglés, solo que le ofrecí una cerveza, ella me ofreció otra y repetimos dicho ritual tres veces hasta que Vuong Ha nos dijo que cerraría la puerta y que ya no podríamos comprar más cervezas. Era viernes, era temprano y era San Valentín, así que decidimos ir a celebrarlo, ya que ambos estábamos viajando solos.

De esa noche solo diré que sentarnos en los bancos pequeños, en aquella calle llena de gente que bebía y bailaba, se abrazaba y se besaba, y vivía como si el virus no hubiese cobrado vidas, fue una cita perfecta. Aún recuerdo ese momento de la noche cuando María me dijo:

> Si me pidieras matrimonio en este momento, aceptaría. No importa que nos hayamos conocido hoy, porque estoy segura de que, si me lo pides, lo estarás haciendo con toda la emoción con la que me miras. Y no tendría por qué dudar de ti.

Aquello fue algo inesperado, pero me recordó que, hacía once años, en el otro lado del mundo en el que estábamos, ya había decidido proponerle matrimonio a otra María, a una María colombiana y no austríaca como ella. Esta María, la austríaca, a sus veintinueve años, ya era viuda y había conservado el apellido de su exesposo, un griego que no dudo debió haber sido feliz con ella el tiempo que compartieron.

Al día siguiente, tras intercambiar números de teléfono y vivir nuestro “amor en los tiempos del COVID-19”, nos despedimos. Ella seguía su viaje y yo tenía un día más para disfrutar de la capital vietnamita. Había acabado la celebración del Día del Amor y la Amistad, y la había pasado genial con una mujer que acababa de conocer y esperaba volver a ver algún día. Por el momento, debía seguir cumpliendo el sueño de conocer esa ciudad que, desde 1831, fue renombrada como Hanói.

Cicerón decía que no saber lo que ha sucedido antes de nosotros era como ser incesantemente niños. Esa frase me retumbaba al visitar varios de los sitios que resguardan la historia de Vietnam, como el mausoleo de Ho Chi Minh (el que ilumina), el líder político que además fue poeta e insurgente, fundador del Partido Comunista de Vietnam y del Viet Minh (Frente para la Liberación de Vietnam), con su enorme mensaje: “República Socialista de Vietnam para siempre”.

El Viet Minh organizó la insurrección general contra los franceses y logró la independencia del país en 1945. De esta manera, se fundó la República Democrática de Vietnam, un Estado socialista. Siguieron nueve años de guerra y, en 1954, los franceses fueron finalmente derrotados y el Tío Ho fue nombrado presidente.

Todo lo romántico de la visita al mausoleo tenía su contraparte. Muy cerca, a un par de cuadras, está el Museo de Historia Militar de Vietnam, con la torre de la Ciudad Imperial de Thang Long, que data de 1812. En este museo se exhibe todo lo relacionado con lo que quizás más nos suena: la guerra de Vietnam.

Para complementar mi recorrido en solitario, fui un poco más lejos y visité la prisión de Hoa Lo, la cual albergó a muchos de los prisioneros de guerra capturados en Hanói. Esta era conocida irónicamente como “Hanoi Hilton” (aludiendo al famoso hotel) para indicar que allí recibían un “buen trato”, pues realmente era un sitio de tortura.

En la guerra de Vietnam murieron más de cinco millones de vietnamitas y tres millones de personas padecieron los efectos del napalm. Durante la guerra, Estados Unidos lanzó más de siete millones de toneladas de bombas y cien mil toneladas de sustancias químicas tóxicas, más bombas que las arrojadas durante toda la Segunda Guerra Mundial.

Antes de terminar mi caminata, decidí tomar un descanso en el lago Hoan Kiem y contemplar la pagoda ubicada en medio de este. Según la leyenda, esta fue construida para honrar a la tortuga que trajo la espada con la que el emperador pudo derrocar a la dinastía Ming.

Caminar por Hanói, sus pequeñas calles, sus callejones y la calle en el casco antiguo por donde pasa el tren sin inmutar a quienes viven a menos de un metro de distancia, y beber algo en el Old Quarter eran gustos que me tenía que dar.

Finalmente, tenía que ir a comer a Bun Cha Huong Lien, el lugar que popularizaron a Anthony Bourdain y Barack Obama cuando fueron a probar el plato típico local. Para mi suerte, me senté frente a la mesa que usaron ellos, conservada tal cual en una urna con una mítica foto de ambos comiendo.

En resumen, ver al Tío Ho embalsamado (por muy rápido y restrictivo que sea el paso ante su urna) fue extrañamente conmovedor hasta las lágrimas. Tuve al frente quizás al personaje más importante de la historia de este país y a un infaltable de la historia universal. Nunca pensé que sería en este país (que curiosamente siempre quise conocer) donde me iba a dar cuenta realmente del peso de la historia. De la emoción, al instante le escribí a mi tío Willy, a quien le mandé una foto que sin dudar puso en su perfil de WhatsApp.

Volviendo al tema del COVID-19, el mausoleo de Ho Chi Minh fue el único lugar de Vietnam en el que me solicitaron el uso de la mascarilla. Aún no se desataba la tragedia ni se desplegaban los protocolos y las exigencias que dos semanas después se harían efectivos. Pero, en ese momento, era imposible negarse a usar correctamente una mascarilla, ya que la férrea vigilancia que había adentro era impositiva. Ya lo decía María Galindo en *Sopa de Wuhan*: el coronavirus trascendió el mero hecho de ser una enfermedad para convertirse en una forma de dictadura mundial multigubernamental, policíaca y militar.

Vietnam fue uno de los pocos países que supieron controlar el virus sin caer en el caos que desbordó a otros. Para entender su pragmatismo ante la pandemia, tendríamos que remontarnos varios años atrás, mucho antes de la primera víctima. La disciplina que se apoderó de la sociedad vietnamita no apareció por arte de magia, lo que hizo el COVID-19 fue activar toda una maquinaria histórica, un andamiaje estatal que ya sabía de estrategias precisas ante las amenazas, producto de su pasado de guerras, escasez y centralización del poder político. La lucha que libraron contra el colonialismo francés, su experiencia con virus anteriores, aunque menos letales, y sobre todo la guerra con Estados Unidos que duró varios años hicieron del Estado un promotor de la cultura del orden, en la que el beneficio colectivo justifica el sacrificio individual. La analogía del virus con la guerra en el plan de comunicación y propaganda del Gobierno vietnamita daban fe de ello al hacer un llamado a cada ciudadano y a cada negocio para ser una “fortaleza” de defensa.

Lo que a muchos países les costó vidas y recursos, en Vietnam se dio con naturalidad. Bloquear distritos enteros, rastrear contagiados y sus movimientos

a través de aplicaciones móviles, y exigir reportes de salud fueron solo un reflejo que empezó a ejecutarse de forma automática. Si bien la ciencia y la medicina importaban, la prevención y el control a través de los órganos de seguridad del Partido Comunista de Vietnam tuvieron mayor relevancia. Esta vigilancia, además, fue tejida en la red comunitaria.

Si bien Foucault nos habla del despliegue de poder sobre los cuerpos y del cuerpo como un terreno donde el Estado ejerce vigilancia y disciplina, Byung-Chul Han nos propone algo más sutil: el consentimiento. En esa misma línea, desde la perspectiva de Bourdieu, podríamos tomar dos de sus conceptos clave: el *habitus* y la violencia simbólica. Para Bourdieu, el poder que se ejerce de forma más efectiva no tiene la necesidad de mostrarse como tal, porque se ejerce a partir de su inscripción en los hábitos cotidianos, en lo que ya asumimos como natural. La dominación ejercida de esta manera podría ser una forma de violencia simbólica, la cual opera con fluidez precisamente porque no parece violencia.

Sin embargo, en Vietnam, el control pasó de ser un medio represivo a ser una forma de cohesión. El miedo a contagiarse activó una nueva forma de vigilancia afectiva en la que proteger al otro era sinónimo de vigilarlo, lo cual algunos aplaudirán y otros criticarán. El caso es que, a pesar de sus contradicciones, tuvo éxito. La sociedad no solo se comprometió con lo que exigía el Gobierno, sino que también aportó económicamente. Las donaciones de ciudadanos empresarios no se hicieron esperar, como la instalación de un "cajero automático" que regalaba arroz, y contribuyeron a alcanzar ese éxito.

Toda la historia de sufrimiento de Vietnam se puso al servicio de su población e hizo que el país, en vez de romper sus lazos sociales ante el temor del contagio, los fortaleciera. Esto puso en evidencia que una sociedad no solo depende del Estado, sino de las redes que integran a una comunidad.

Algo muy distinto vivimos de este lado del sur global. La lógica sanitaria y de prevención, en cuyo nombre se justificaron medidas antes impensadas, desplazó a cualquier otra lógica, incluso la política, y como toda forma de poder se volvió desigual: los cuerpos no eran cuidados por igual y el acceso a la salud variaba según la raza, el sexo, la clase social, la nacionalidad o el estatus migratorio. Algo similar sucedía con la justificación para ejercer control. En nombre del cuidado, vimos televisada la irrupción violenta de la policía o del ejército en reuniones sociales en las zonas periféricas de la ciudad; sin embargo, estos entes de control permitían reuniones o eran más flexibles si estas se hacían en zonas urbanas habitadas por la clase alta. De modo que la salud o el pretexto de esta se volvió un factor más de exclusión.

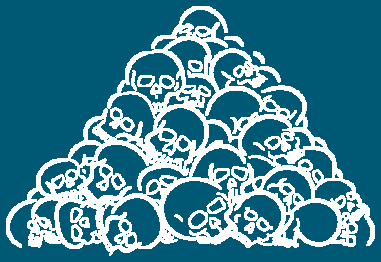
El deseo de hacer este viaje a Vietnam nació hace muchos años, en mi niñez. No obstante, en el 2006, cuando estudiaba en INACAP en Chile y me ofrecieron trabajar en la biblioteca de una sede que no era la central —un lugar donde lamentablemente no se acercaba nadie y, por tanto, tenía mucho tiempo para leer—, ese deseo tomó más fuerza y cumplir ese sueño se hizo más urgente.

Una de las cosas que leía era la colección de la *Revista del Domingo en Viaje* del diario *El Mercurio*. Por esa revista conocí más de Vietnam y de Hanói; también conocí la bahía de Ha Long y los Túneles de Cu Chi, que se volvieron una suerte de obsesión que pude satisfacer aquel febrero en pleno inicio de pandemia. Esta revista me presentó por primera vez un lugar muy colorido, que me capturó desde que vi la foto de portada que anunciaba el reportaje central. En ese momento pensé que algún día tendría que estar ahí y ver sus famosos faroles de colores. En este viaje lo logré. La ciudad puerto de Hoi An es sin duda uno de los lugares más hermosos de Vietnam y, me atrevería a decir, del mundo, o al menos de las partes del mundo que conozco. Hasta hoy conservo esa revista, ya que, al terminar de estudiar, INACAP me regaló toda la colección de la biblioteca, unas doscientas ediciones aproximadamente, que obviamente traje conmigo a Lima cuando volví.

Recorrer Ciudad Ho Chi Minh, antiguamente llamada Saigón, fue una experiencia gratificante. Visité el ayuntamiento; el monumento a Ho Chi Minh con la flor de loto al lado; la Catedral de Notre Dame de Saigón; el Palacio de la Reunificación; la Oficina Central de Correos con su escritor público, quien tenía en ese momento noventa y dos años, trabajaba ahí hacía más de seis décadas y hablaba cuatro idiomas; la Ópera de Saigón, y el lugar desde donde salió el último helicóptero gringo tras la derrota en la guerra de Vietnam.

Este viaje me enseñó que de la guerra de Vietnam se sabe mucho o muy poco (por lo que me di cuenta). Conocer de cerca todo esto, más allá de cumplir un sueño, nos recuerda lo ruin que el ser humano puede ser con la naturaleza y con su propia especie. Cuánta razón tenía Voltaire cuando afirmaba que la parte más filosófica de la historia era hacer conocer las tonterías cometidas por los hombres.

El recuerdo colectivo que tendrá la sociedad vietnamita del COVID-19 tal vez no se distancie del que tienen de la guerra. Hoy día, sin mascarillas que dejen ver solo los ojos rasgados de la gente y con los altavoces de los barrios que ya no anuncian medidas restrictivas, sino celebraciones, Vietnam puede tener la certeza de ser un país acostumbrado a resistir y de que estar juntos en los momentos inciertos es un reflejo de su basta y maravillosa riqueza cultural. Los vietnamitas entienden que, en tiempos de miedo y control, la ternura y el afecto compartido pueden ser la forma más radical y subversiva de resistencia.



CAMBOYA Y LA MEMORIA PARA EL TURISMO

Con todo el respeto que creo que amerita y con mis mochilas a cuestas, entro a Tuol Sleng, más conocido como S-21, uno de los centros de detención, si no el más conocido, de los que implementó la Kampuchea Democrática a lo largo del país. Me surgen algunas preguntas antes de pagar el equivalente a ocho dólares por una audioguía en español. ¿Cuánto de lo que voy a ver es el recuerdo de lo vivido? ¿Cuánto de lo que aquí hay es pedagogía y cuánto un mero atractivo turístico? ¿Qué estoy comprando con estos ocho dólares, el acceso a la memoria de un pueblo arrasado por la crueldad ideológica o un asiento vip para sentir culpa de aquello en lo que nos hemos convertido como especie?

Como advierte Pierre Nora, los lugares de memoria, como es el caso de S-21, existen porque empezamos a disipar nuestra memoria viva y porque se hace urgente la vigilancia conmemorativa. Y aunque justicia que tarda no es justicia, un lugar de memoria como Tuol Sleng contribuyó a que un tribunal internacional, en el 2022, tras medio siglo de que ocurrieran los sucesos, dieciséis años de trabajo y más de 350 millones de dólares de gasto, ratificara la condena a tres hombres por los crímenes de lesa humanidad cometidos en Camboya. Esto podría ser un consuelo al recordar que Pol Pot, el principal responsable del genocidio, murió antes de que sus crímenes fueran juzgados por las Naciones Unidas.

Antes de ser un museo del genocidio camboyano, Tuol Sleng fue una escuela. Eso lo cambia todo o al menos lo hace más impactante. Las aulas, que alguna vez fueron el semillero del pensamiento, ahora tienen camas oxidadas con esposas atornilladas, así como fotos en blanco y negro delicadamente enmarcadas, que muestran los cuerpos que alguna vez fueron brutalmente torturados por mentes retorcidas y yacieron ahí. Al ver esa escena, ahí parado y en silencio, no estoy seguro si se trata de una forma de recordar el pasado trágico o una advertencia de un futuro que, después de tantas décadas, lamentablemente puede ser posible. El pizarrón ya no está lleno de palabras, en cambio, conserva las marcas de sangre y lleva los gritos impresos que nada podrá borrar. Los pupitres han sido cambiados por viejos catres en los que ni siquiera el morbo invitaría a sentarse.

Los turistas avanzan en silencio por los corredores de la antigua escuela. Algunos toman fotos, otros solo miran en silencio y mueven la cabeza de un lado a

otro, como intentando inútilmente negar lo sucedido. Esta escena ya la había visto antes. Me esfuerzo por recordar dónde la vi y logro que mi mala memoria identifique el lugar y el momento. Unos días antes había estado en el Museo de los Vestigios de la Guerra en Vietnam, otro lugar de memoria histórica. En uno de los pisos superiores, donde se exhiben las fotografías de la crueldad de la guerra, incluida la foto original de Phan Thi Kim Phuc, conocida mundialmente como "la niña del napalm" —tomada el 8 de junio de 1972 por el fotógrafo vietnamita Nick Ut—, estaba parado frente a la imagen de un gringo que sostenía colgando de su mano lo que parecían los restos de un cuerpo y un turista norteamericano a mi lado solo hacía eso, mover la cabeza, hasta que se volteó y me susurró: "I´m sorry".

Mientras recorro Tuol Sleng, llevo puesto los audífonos de la audioguía, pero logro escuchar a mi lado a un guía local de voz tranquila, que le narra a un grupo la historia con precisión quirúrgica: "Aquí murieron entre catorce y veinte mil personas. Solo sobrevivieron una docena de personas". Me corro un audífono de la oreja para escuchar mejor lo que dice. Aunque lo está explicando en inglés y no domino el idioma, entiendo su expresión y me llama la atención que todo lo diga con naturalidad, como quien ya lo ha dicho mil veces, lo cual debe ser normal porque es su trabajo. Pero también pienso que quizás es para que duela menos.

Es febrero del 2020, pero por un momento me traslado a abril de 1975. Phnom Penh, la capital camboyana, parece que despierta de una pesadilla interminable, la guerra civil iniciada en 1967 durante la monarquía del príncipe Norodom Sihanouk como consecuencia de la masacre, bajo órdenes del mariscal Lon Nol, de cientos de miembros del Partido Comunista de Kampuchea. En 1970 y con el apoyo de Estados Unidos, Lon Nol derrocaría al príncipe y este en respuesta se aliaría con los Jemeres Rojos, nombre que adoptarían los miembros del Partido Comunista.

Esa mañana de abril, las calles, antes bulliciosas, se encontraban vacías. Los tanques de los Jemeres Rojos ingresaban lentamente a la capital, y la gente los recibía con un silencio abrumador y cargado de incertidumbre. El anuncio del fin de la guerra civil se convirtió en el inicio de una de las dictaduras más brutales y sanguinarias del siglo XX. Al mando de esta oscura revolución, estaba un hombre tan enigmático como desconocido, Saloth Sar, que pasó a formar parte, tristemente, de los anales de la historia como Pol Pot. Su nombre y el horror que desató quedarían grabados en la memoria de Camboya. La utopía agraria y el sistema económico autosuficiente que prometió se convirtieron rápidamente en el genocidio que marcaría la vida de la sociedad camboyana.

En la Kampuchea Democrática, como denominó Pol Pot a Camboya, el poder no solo se ejercía desde las estructuras visibles del Estado, que buscaba implantar el comunismo con medidas como la abolición del mercado, la destrucción de infraestructura urbana y la conversión de la población en campesinos; también llegaba a los espacios más íntimos y cotidianos. El poder, ejercido como proceso disciplinario, se iba infiltrando en las escuelas que en breve serían abolidas para convertirse en centros doctrinarios. La autoridad de Pol Pot operaba como un poder casi religioso, tal vez debido a que de alguna forma se le proclamaba como el líder de una misión redentora para la nación. Su palabra era la doctrina.

Se impuso un nuevo calendario que iniciaba en el llamado "Año Cero", el cual anulaba toda historia previa. La escritura fue limitada y la música tradicional, prohibida. Los intelectuales, incluidos en lo que el régimen denominó "Gente del 17 de abril", fueron eliminados porque eran considerados portadores de ideologías decadentes. Gramsci y su categoría de hegemonía podrían ayudar a entender mejor este intento del régimen por reconfigurar el sentido común, imponiendo una cultura supuestamente pura y desvinculada del pasado colonial, del comercio y de cualquier dogma previo. Se eliminó la propiedad privada, se prohibió la religión, se cerraron las escuelas, se suprimieron las lenguas extranjeras y se intentó imponer una nueva visión del mundo en la que el campesino era el ideal absoluto. No obstante, esta hegemonía nunca se consolidaría, ya que el consentimiento se mezcló con coerción y más que sostenerse en la adhesión lo hizo en el terror. El pueblo, viviendo en una constante sospecha y amenaza, optó por la obediencia más allá de la convicción. Así fue apoderándose Pol Pot de cada espacio de la vida diaria: la escuela, el trabajo, la forma de hablar y de vestir. Era una sombra que parecía estar en todas partes.

Analizar a Pol Pot desde las teorías del poder implica indagar en las formas como las ideologías llevadas al extremo pueden operar como dispositivos de control absoluto. Su interpretación radical y errada del marxismo-leninismo se salió de las manos. Alguna vez escuché en un reportaje a un exmiembro de los Jemeres Rojos decir que, cuando llegaron al poder, no supieron qué hacer y que, en algún momento, reconocieron que estaban preparados para conseguirlo, pero no para ejercerlo.

El caso de la Kampuchea Democrática pone en evidencia lo que Michel Foucault plantea sobre el poder: este no solo se convierte en autoridad, sino que a la vez somete al otro bajo dicho poder. Además, el régimen polpotiano encarnaría no solo el tránsito del poder soberano —cuyo atributo es el derecho a decidir la vida o la muerte del súbdito— hacia un poder disciplinario que normaliza los cuerpos

de los camboyanos, sino la fusión perversa de ambos tipos de poder: la vigilancia coexistía con la aniquilación.

En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt habla de un mal "radical" o "absoluto" que nos enfrenta a una realidad abrumadora, la cual destruye las normas conocidas, escapa a las nociones que se tienen de este y podría estar impulsada por la destrucción de lo humano. Las características de ese mal serían ser incomprensible, justificable e imperdonable. De esta forma, el poder sobrepasa cualquier idea de dominación para convertirse en una maquinaria que impone con violencia una verdad única e incuestionable. Para Pol Pot, Camboya debía renacer a través del sufrimiento.

Seguro esto trae a la mente de los peruanos a Abimael Guzmán, el líder de la agrupación terrorista Sendero Luminoso, que veía en el régimen de los Jemeres Rojos un modelo a seguir y en la experiencia camboyana una expresión radical y auténtica del maoísmo, llevada a cabo a través de una guerra popular que culminó con la instauración de una sociedad nueva, campesina y sin resabios burgueses. Así, Sendero Luminoso no solo se inspiró ideológicamente en experiencias como la polpotiana, sino que también intentó replicar su modelo de control total por medio del aislamiento de las comunidades, la eliminación de las autoridades tradicionales, la erradicación de toda oposición y la creación de una cultura del terror. El camino no era la reforma, sino la refundación del país, implementar una Kampuchea andina sin importar a qué costo. Pero el ideal que representaba Pol Pot para Guzmán lo hizo olvidar que toda sociedad, aun bajo el terror, resguarda sus reservas morales y comunitarias que permiten resistir a los procesos de deshumanización.

Vuelvo a donde inicié estos pensamientos: los pasillos silenciosos de Tuol Sleng. Esta antigua escuela convertida en prisión y centro de tortura tiene un aire denso y estancado. Los turistas intentan guardar silencio, pero las paredes parecen seguir gritando, negándose a olvidar lo que se vivió ahí. Recuerdo las celdas minúsculas, las fotografías de los rostros condenados, las imágenes de cuerpos recién torturados, los cráneos en vitrinas y la recomendación, como si lo anterior no bastara: "If you can, go to the Killing Fields".

Desde 1996 se utiliza un concepto asociado a este tipo de turismo: *dark tourism*. Para John Lennon y Malcolm Foley, quienes lo acuñaron, este no es más que el acto de viajar motivado por visitar lugares donde hubo muerte o exhibiciones que recrean la muerte o situaciones que bordean (e incluso sobrepasan) lo macabro.

Tal vez aún falta mucho por explorar cómo un pasado traumático se transforma en espacio turístico de recuerdo y duelo, además de negocio. Las emociones aún latentes, la ética y la economía se entrecruzan para que la historia se convierta en una experiencia "auténtica" de un tipo de turismo que se mueve entre una forma involuntaria de profanación y la ambigüedad. Así, los episodios de dolor colectivo, como el genocidio camboyano o el Holocausto, las guerras o las dictaduras, muchas veces se salvan de ser olvidados. A su vez, la tragedia se convierte en un objeto de consumo y hasta en un fetiche, pues se vuelve más importante capturar una imagen impactante que entender la dimensión humana de lo sucedido. Mientras la memoria es un campo de disputa y no una verdad absoluta, el dolor se estetiza, se empaqueta y se pone en una vitrina para la venta bajo la etiqueta más trillada de los últimos tiempos: una experiencia.

Pensaba qué difícil es para alguien como yo, que no solo tiene en el turismo su medio de sustento, sino que disfruta mucho de los viajes, estar dentro y a la vez fuera de dicho contexto. Me cuestionaba si todo esto y lo que implicaba para las comunidades que sufrieron y sufren aún con lo sucedido no trasgredía lo ético. Me preguntaba si validaría el hecho de que mi historia de sufrimiento fuese convertida en atracción turística. ¿Acaso estamos trivializando el trauma, folclorizando el dolor ajeno y simplificando procesos complejos? También vale la pena preguntarse si solo perpetuamos una narrativa oficial que quizás no refleja la multiplicidad de memorias ni contiene todas las voces, o si somos profesionales que creen entender e interpretar lo sucedido. Esa delgada línea que separa la memoria del espectáculo y que sitúa al otro (como víctima) entre el homenaje y la explotación es extremadamente peligrosa.

Algo que me llena de ira es que, posiblemente, para muchos lugares que han vivido la violencia como Camboya, este tipo de turismo y la sobreexposición del dolor son la única fuente de subsistencia económica, y que cobrar por el ingreso a estos lugares de memoria y el servicio de guía, así como los empleos directos e indirectos que esto genera sean necesarios para que estas comunidades no permanezcan económicamente estancadas. Tal vez es válido que la memoria sea el recurso que se utilice como mecanismo para reconstruir vidas e integrar territorios, muchas veces olvidados, en los circuitos económicos globales. No lo sé. Esa tensión entre la necesidad ética de recordar y la imposibilidad de escapar de la lógica del mercado es quizás una síntesis de las tensiones de nuestro tiempo.

Aunque dejar de viajar y visitar lugares que son parte de la historia, incluso con sus episodios de dolor, no sea la solución, el desafío puede estar en reconocer que no solo somos observadores, sino que somos parte de ese entramado histórico y ético que nos invita a mirar el pasado no como un simple espectáculo, sino como

una advertencia; más aún en la actualidad, cuando todo lo malo que ha sucedido está volviendo como lógicas disfrazadas que muchas veces son validadas y normalizadas. Estos lugares pueden convertirse también en una oportunidad de cuestionar nuestras propias violencias.

Al escuchar una variedad de idiomas que se mezclan en el lugar, solo se entiende una cosa: el horror que comenzó esa mañana de abril en Phnom Penh no había quedado registrado solo en los libros de historia, era una realidad que aún se sentía en cada sala y cada piso de la antigua escuela convertida en prisión. ¿Es posible sobrevivir a tanto dolor?

Charles Darwin decía que uno de los errores de la historia es que se repite. Y, como escuché aquella mañana al final del recorrido, es nuestro deber conocer sobre las atrocidades del pasado para que el mundo no vuelva a cometer los mismos errores.

Salí de Tuol Sleng en silencio, pero con un sinsabor de lo que podemos llegar a hacer los seres humanos cuando el poder supera nuestra inteligencia y humanidad. No solo había atravesado puertas y muros, había atravesado una herida abierta en la historia. Los rostros en blanco y negro, las camas oxidadas, los cuadros, los grilletes y las vitrinas con restos óseos, entre otras cosas, dan testimonio de la brutalidad que puede ocasionar la transformación de una idea en dogma.

Los métodos de tortura usados por los Jemeres Rojos; el asesinato de niños, mujeres, hombres y ancianos; el uso de personas vivas para entrenamiento médico y quirúrgico; el uso de inyecciones con vinagre, azúcar y harina para "revivir" a los moribundos y seguir torturándolos, y otras cosas nos dejan claro lo equivocados que estuvimos y estamos como seres humanos.

Entre un millón y medio y tres millones de personas fueron asesinadas por ser consideradas "enemigas" del pueblo como parte de la política de reubicación de las principales ciudades, las cuales debían ser trasladadas al campo para así implantar un comunismo basado en el agro. De esa cifra, entre catorce y veinte mil personas pasaron por Tuol Sleng, el centro de detención, tortura y aniquilación que formaba parte de una red de casi doscientas cárceles a nivel nacional que cumplían la misma función.

De esta prisión solo se tienen registradas a doce (algunos dicen que siete y otros dicen que catorce) personas que sobrevivieron al encarcelamiento y la tortura. Entre ellas, tuve la suerte de conocer al artista Bou Meng y conversar con él, cuya

esposa no corrió la misma suerte. Ambos fueron tomados como prisioneros en agosto de 1977.

Bou Meng se salvó de morir porque fue útil al régimen para reproducir pinturas de Pol Pot, de las cuales tuvo que hacer muchas dentro de la prisión y a pedido de sus propios verdugos. De Ma Youen, su esposa, solo le queda la foto en blanco y negro que le tomaron cuando ingresó a la prisión. De las torturas y los brutales golpes que recibió, le queda la sordera de un oído.

Gracias a las pinturas de Bou Meng, que ahora vende en un escritorio en el patio de Tuol Sleng, se sabe mucho de lo que fue esa prisión y lo que sucedía ahí adentro. El horror también necesita de su arte para no desvanecerse. Aunque le duela, su memoria es una forma de resistencia porque, cuando las ideas matan, lo único que puede salvarnos es no olvidar.

MÉXICO LINDO Y LOS VIAJEROS NO TURISTAS

"Las pencas nuevas que al maguey le brotan vienen marcadas con nuestros nombres". Con estos versos de la canción *La ley del monte*, un clásico de la cultura mexicana, Teodoro Garduño expresa su amor, con sencillez y un gran sentimiento, creyendo que aquello es cierto.

Teodoro tiene cuarenta y siete años, y está a cargo de cuatro hijos y un perro que, según él, no tiene una raza definida y lo está esperando en casa. Teodoro empuña muy fuerte la guitarra para tocar y cantar en los buses que van desde la Terminal Central de la Ciudad de México hasta la salida a Toluca; de esta forma paga su pasaje. Su repertorio está compuesto de cuatro temas y tiene un único integrante en su grupo musical: su tío. Cada vez que abre la boca para cantar, reluce su diente de oropel. Afirma fuertemente las piernas al piso en cada curva evitando caerse, y el sombrero color marfil con un alacrán impreso pareciera estar a punto de volar. No ha dicho su nombre, se presenta ante su público hasta el segundo tema. Nadie dice nada. Las mangas de su camisa color rojo chillón y un dibujo estampado que no recuerdo bien se alcanzan a ver bajo su chaleco de cuero.

Tito Garduño, su tío, parece tener menos años de los que aparenta. Tiene las manos sucias por las monedas que recibe tras cada función y una mochila blanca y roja igual de sucia que sus manos. Cuando se apoya en mi asiento, aprovecho para preguntar por sus nombres. Así me entero de su parentesco y de esta pequeña empresa que hace cuatro años los ayuda a sostenerse. Él ya no se preocupa tanto por sus hijos, ya son grandes y cruzaron de "mojados" para "la USA". No le envían dinero, pero prometieron enviarle una camisa con la cara de Osama bin Laden. Tito se ríe cuidadosamente para que no vea su falta de dientes, que recién ocultaba con la armónica que domina muy bien. Me dice que es feliz y le creo. Es viudo, pero tiene una nueva pareja que lo estaba esperando con un plato de pozole.

—No me aburren, al contrario, cada vez me salen mejor —dice Teodoro mirando la punta de sus botas cuando le pregunto por su repertorio; ahora está sentado a mi lado—. A la gente le gusta estas canciones porque se identifican, son del pueblo. Somos muchos los que cantamos por las calles y al menos no me puedo quejar; aunque, como habrá visto, las tortillas suben a diario.

En un momento de confesión personal, me cuenta que con aquella canción del maguey le declaró su amor a su esposa y le dio el primer beso muchos años atrás. Si no hubiera decidido escribir una crónica para este libro, tal vez no hubiera recordado que alguna vez publiqué un breve escrito denominado "Una canción para el camino", que fue parte, junto a un video, de una publicación que hice en un blog de viajes que tenía.

Ahora recuerdo que, cuando Teodoro y su tío se bajaron del bus, me quedé pensando en que México es, para mí, uno de los lugares más bellos del mundo. Si en la competencia incluyo la variable "taquitos", se queda con el primer lugar. Y estas cosas que siempre me han sucedido cuando visito el país de *El Chavo del 8* solo lo reafirman.

Lamentablemente, desde hace algún tiempo se ha vuelto complicado volver. Esto se debe no solo al problema político que se desató entre Perú y México, por lo que ahora nos solicitan una visa de ingreso que la otorgan solo a quienes cumplen ciertos requisitos, sino a que el turista latinoamericano que llega a México muchas veces no es recibido como tal, pues es visto como un potencial migrante ilegal. Sin importar si tiene reservas de hotel o de *tours*, carga con estereotipos de clase, nacionalidad y raza que lo hacen sospechoso, haciendo de la movilidad un privilegio y no un derecho universal.

En el 2022, con motivo de la Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales, fue la última vez que estuve en México. El agente de migración que me atendió me miró como si supiera algo que yo no sabía. Pensé que tal vez era mi pasaporte o mi cara, o el simple hecho de ser latinoamericano, como él. La diferencia era que él estaba del otro lado del vidrio, en el lado donde se decide quién entra al país y quién no. Tras un par de preguntas acerca de los motivos de mi viaje, mis estudios y a qué me dedicaba, selló mi pasaporte e ingresé. Asumo que ayudaban los sellos de otros viajes a otros países, así como el hecho de haber vivido en México y nunca haber intentado cruzar al otro lado del río.

Mientras esperaba a mi primo y su familia, que estaban con otro agente, pude ver lo que sucedía con la pareja de recién casados que seguía en la fila donde minutos antes yo había estado.

—¿A qué vienen a México?

—Turismo, venimos de luna de miel —respondió el esposo.

—¿Dónde se van a hospedar? ¿Tienen alguna reserva? ¿Tienen pasaje de regreso? ¿Cuánto dinero traen? ¿A qué se dedican? —preguntó el agente sin dar mucho tiempo a las respuestas.

Tras la respuesta del esposo, quien afirmó ser arquitecto, el agente le exigió que abriera su Facebook y le enseñara fotos que pudieran corroborar que efectivamente era quien decía ser. Otros pasaban sin más: europeos, japoneses, estadounidenses y cualquiera con piel blanca o cuyo pasaporte emitido en cierto país validara, solo por el hecho de poseerlo, que era "apto" como turista. Sin embargo, no importó mucho que fuera su luna de miel ni que tuvieran reservas de hotel. La pareja de recién casados no sería catalogada como turistas, sino como sospechosos de ser migrantes.

Bauman lo plantea muy bien cuando teoriza sobre las migraciones. En el mundo actual, algunos cuerpos se mueven con libertad y muchos otros tienen que justificar cada paso que dan. Por un lado, hay turistas, generalmente del norte global y, por el otro, hay quienes primero debemos convencer en los puestos migratorios de aeropuertos o fronteras que no queremos quedarnos.

Al percatarse el agente de que yo estaba presenciando la escena, me miró fijamente y me indicó con una voz que quería imponer autoridad que siguiera caminando y que, si tenía que esperar a alguien, lo hiciera más adelante. Caminé hacia la zona de retiro de equipaje, aliviado y molesto al mismo tiempo. Esto me hizo recordar otros episodios similares, como el que presencié en la frontera entre Perú y Chile, cuando a un boliviano que dijo estar yendo a Chile a comprar una pieza para un torno le pidieron que explicara para qué servía un torno y cuáles eran las cinco piezas principales de este, o cuando por primera vez en México, en el Aeropuerto Internacional de Cancún, fuimos separados de la fila de migración una chica colombiana, que había conocido durante el vuelo y con quien venía conversando, y yo. Bastó con que la escucharan hablar para que fueran contra ella y, de paso, contra mí. Recuerdo esos detalles que antes había pasado por alto como algo meramente anecdótico y me convenzo más de que el proceso de globalización no ha eliminado las fronteras, sino que solo las ha hecho más selectivas, de modo que ahora algunos cuerpos viajan como turistas y otros como amenaza.

Sin embargo, lo anterior me hizo pensar en que es cierto que no todos los que cruzan fronteras lo hacen con la misma intención de quien lo hace para pasar unos días. Para muchos, llegar a México (o a cualquier otro país que pueda ser de tránsito o que represente un mejor lugar que el suyo para vivir) no significa hacer turismo, sino sobrevivir. Esa selectividad de quienes entran al país revela una historia más profunda, la de quienes no viajan por placer, sino por necesidad. Y es precisamente en ese momento en el que el relato cambia de tono, ya que detrás de cada inspección exhaustiva en un aeropuerto o un paso fronterizo hay miles o millones de trayectos desapercibidos de personas que migran con sus sueños y con sus heridas a cuestas, buscando un lugar que les permita iniciar de nuevo.

Mientras muchos llegamos en avión o pisamos los pisos brillantes de los terminales; hay quienes atraviesan desiertos, selvas y ríos de corrientes caprichosas. Mientras algunos revisamos nuestras guías de viaje de Lonely Planet o nuestras aplicaciones móviles de planos de la ciudad; otros están sorteando retenes, puestos de vigilancia y extorsiones, mientras viajan con lo que llevan puesto y con documentos que no siempre les abren puertas, pero con una fuerza y una decisión que ni las fronteras menos hospitalarias pueden contener. Para muchos como yo, México es un destino turístico. Para otros, es solo un cruce, tal vez el último paso para alcanzar un sueño, pero la mayoría de las veces encuentran una barrera.

Según Saskia Sassen, las migraciones actuales no son movimientos voluntarios en muchos casos, sino expulsiones silenciosas causadas por un sistema económico que despoja a millones de personas de sus medios de vida. No se trata de que las personas quieran dejar sus lugares de origen, simplemente ya no pueden quedarse. Quizás, mientras yo buscaba entre las calles la famosa taquería que vi en *Crónicas del taco*, en Netflix; otros estaban buscando alguna forma de cruzar el río Suchiate, el río Bravo o, más al sur, la selva del Darién, como lo hacen miles de venezolanos actualmente.

Cada paso que daba en México me llevaba a recordar todo lo que he visto mientras cruzaba alguna frontera o pasaba migración en algún aeropuerto. Cada paso recorriendo la maravillosa Ciudad de México me llevaba a comprender esas otras geografías, las de la exclusión, el desarraigo y la esperanza del migrante, que reconfigura a su modo el mapa del país.

El éxodo que ha marcado esta época es el de los venezolanos. Según la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR), más de 7,7 millones de venezolanos han emigrado, lo que convierte a este éxodo en la mayor crisis migratoria de la historia reciente de Latinoamérica, solo comparable con la migración siria. Empujados por un cóctel letal que mezcla colapso económico, violencia política y carencia de servicios básicos, muchos venezolanos no viajan porque quieren, sino porque creen que no les queda otra opción. Y muchas veces son tratados como una amenaza, no como personas que necesitan protección, y se enfrentan a procesos de deshumanización que los revictimizan. Han dejado de ser víctimas de un sistema global y se han convertido en ese “otro” peligroso. Así, las migraciones no son solo cifras estadísticas, sino cuerpos que resisten y una estrategia de supervivencia. Países como Colombia, Ecuador, Chile y Perú, por nombrar algunos, han tenido que improvisar su respuesta ante un flujo humano que, en este momento, sigue creciendo.

En *Extraños llamando a la puerta*, Bauman advierte que vivimos en un mundo donde las fronteras se hacen más porosas para el capital y las mercancías, pero más rígidas y violentas para las personas pobres que intentan desplazarse. Un ejemplo de este contraste es aquellos que atraviesan México en La Bestia, el tren mítico, trágico e injusto que ha cobrado miles de vidas de quienes intentan desplazarse fuera del sistema formal, pero moviéndose dentro de sus grietas. Es tal vez por eso que lo que sucedió en el aeropuerto de México desencadenó una serie de recuerdos en mi cabeza.

Para mí, México tiene un significado especial, no solo porque tengo una hija mexicana, Julieta, sino porque siempre fui un apasionado de sus tradiciones —en especial la del Día de Muertos—, sus playas y ciudades, sus pueblos, sus comediantes antiguos, su cine, sus grupos y festivales de rock, su propuesta cultural y obviamente su comida. Además, tengo muchas amistades a quienes puedo llamar familia como Mariana y Moy, algún amor olvidado y una gran amiga, Miriam o Morti, como le digo de cariño, estrella del porno *amateur* mexicano en plataformas digitales, con quien disfruto siempre una buena charla. Todo ese cúmulo de cosas hace que siempre ansíe viajar a México y lo disfrute. Comenzar ese viaje en el 2022 con esa escena en el aeropuerto fue desagradable pero ilustrativo, tal vez porque estaba en proceso de convertirme en sociólogo y, por tanto, tenía más herramientas para analizar estas cosas.

El ser humano migra por naturaleza en busca de mejores condiciones para sí mismo y para su clan. Tal es el caso de la caravana de hondureños en el 2018, quienes buscaban dejar atrás la pobreza, la violencia, el pandillaje, la falta de trabajo y la crisis económica y social de su país. Miles de hondureños cruzaron México con la intención de llegar a Estados Unidos, donde lamentablemente los esperaba el rechazo y la orden de repelerlos con balas.

En esa travesía, la caravana que partió el 14 de octubre desde San Pedro Sula (la ciudad más violenta del mundo) y que ya había sufrido algún asalto y alguna muerte en el camino se tomó un descanso en la ciudad mexicana de Córdoba (Veracruz) para “rifarse” en una «cascarita» (partido de fútbol) tras una caminata de veinte días. En ese momento, el fútbol fue un alivio para el corazón en tiempos de crisis.

Este éxodo centroamericano que cruzó todo México tuvo como principales actores a familias completas que tomaron de sus casas lo poco que podían cargar, mochilas, mantas y documentos en mal estado. Todos huían de la violencia de las maras, del desempleo, de la corrupción y del Estado. Migrar era una alternativa; la otra opción era quedarse y enfrentar la muerte o el hambre. Por eso, aquel octubre del 2018, la atención mundial se centró en los más de siete mil migrantes

que cruzaron en grupo la frontera sur de México con el propósito de cumplir el "sueño americano". El éxodo de esta caravana inició muchos años antes, pero hasta ahora era visible; ya no se trataba de cuerpos dispersos evadiendo controles migratorios, sino de una marea humana que desbordaba una frontera.

Según la Oficina de Estadísticas de Seguridad Nacional del Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, en el 2022 había 4,8 millones de indocumentados de origen mexicano en el país (Baker y Warren), cifra que en ese momento representaba casi el 50 % de la población indocumentada en la tierra del Tío Sam. México se convirtió no solo en un territorio de paso, sino también en una barrera. Las autoridades mexicanas, presionadas por Washington, desplegaron sus fuerzas militares para contener a los migrantes. Para muchos, el sueño americano terminaría antes de llegar a "América" e incluso antes de intentar atravesar el muro de Trump. No obstante, enfrentar a La Bestia, los controles o retenes militares, el encarcelamiento o la deportación no representaba para ellos un mayor peligro que aquel que había en sus países.

Cada kilómetro avanzado por los migrantes está asociado a un dato estadístico. Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), entre el 2014 y el 2023, más de 7800 migrantes murieron o desaparecieron camino al norte, la mayoría en territorio mexicano y de origen centroamericano. Pero eso no detiene a los migrantes, quienes continúan avanzando, ya sea en éxodo o como un flujo constante de pequeñas familias que cruzan escondidas en camiones bajo el riesgo de ser extorsionadas, secuestradas, asesinadas o desaparecidas.

Existen distintas teorías que intentan explicar el fenómeno migratorio, una de ellas es la que propone Douglas Massey sobre las redes sociales. Haciendo un guiño a Bourdieu, Massey afirma que las redes migratorias pueden ser vistas como una forma de capital social. Las redes migratorias son ese conjunto de relaciones interpersonales que conectan a quienes se van con quienes ya se fueron y con quienes se quedan o regresan: un primo que ya cruzó la frontera, un padre que envía remesas o el vecino que recibirá al migrante por un tiempo mientras encuentra trabajo. Los migrantes casi siempre se apoyan en vínculos previos, ya que esto reduce tanto el costo de migrar como el riesgo asociado. Lo anterior es algo necesario porque un migrante no solo ha sido expulsado de su lugar de origen por las condiciones materiales o sociales de un sistema global, sino que también se expone a perder sus derechos en aquel otro lugar al que se dirige. Si el hecho de tener esas redes solo hace un poco menos inseguro migrar, imaginaba lo que representa para quien no las tiene. Seguir vivos tras ese recorrido es su mayor acto de resistencia.

La migración, más que un movimiento, es un estado de suspensión, de espera constante; muchos no pueden regresar a sus lugares de origen ni tampoco avanzar hacia su sueño o lo que creen que este representa. Es importante entender la profundidad de la herida que significa una frontera, un espacio donde muchas identidades se fracturan y se reformulan. En una frontera como la del norte de México, los centroamericanos, los haitianos, los sudamericanos y los mismos mexicanos que han sido desplazados por la violencia de su país forman parte de una misma comunidad de resistencia en un territorio de exclusión, creando nuevos lazos comunitarios, tal vez precarios, para enfrentar la violencia estructural del mundo contemporáneo.

Lo que inicialmente iba a ser un viaje a México como cualquier otro se convirtió en una confrontación directa con esas grietas sociales existentes. Ser testigo de aquel episodio del esposo a quien no le creían que era arquitecto ni que iba de luna de miel, y quien no sé si finalmente pudo ingresar a México, activó algo. Entendí que mi propia capacidad de movimiento, ese viajar ligero con pasaporte (aunque sea también de un país del tercer mundo) y una tarjeta de crédito que garantice mi "calidad de turista", es un privilegio anclado en esa desigualdad geopolítica.

En su obra *Políticas de la enemistad*, el filósofo y politólogo camerunés Achille Mbembe afirma que el devenir del hombre en el mundo no es una cuestión de nacimiento, origen o raza, sino un asunto de trayecto, circulación y transfiguración. Pero el mundo moderno se organiza sobre la base de quienes tienen derecho a circular libremente y quienes están condenados a la inmovilidad forzada. Turista y migrante no son dos tipos de viajeros, son los extremos opuestos, conectados por una geografía marcada por la desigualdad promovida por un sistema global que decide quién es bienvenido y quién debe ser rechazado.

Es imposible ser un viajero inocente en un mundo que hace de las fronteras lugares peligrosos y mortales. Ahora soy consciente de que existe un marcado contraste: mientras algunos viajan cómodos y de cierta forma protegidos, paralelamente, otros viajan en situaciones de riesgo, violencia y exclusión. Pienso en todos los rostros con que me he encontrado a lo largo de los viajes que he hecho, rostros de gente migrante que quizás hubiera deseado tener un mejor pasaporte que le abriera las puertas. Sin embargo, no hay muro que contenga la dignidad de quienes, aun despojados de todo, siguen viajando en busca de un mejor futuro.

STREET
ART

COLOMBIA Y EL RIESGO DE QUERER QUEDARME

Hablar de Colombia me alegra mucho. Tengo, al igual que con México, un vínculo muy fuerte. No solo porque estuve casado por muchos años con una colombiana, sino porque ella aportó dos seres maravillosos a mi vida: Daniel y Mauren, que se convirtieron en mis hijos y han llenado de alegría estos últimos quince años. Además, allí estudié en la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) para lograr mi sueño juvenil de ser sociólogo, y tengo una gran cantidad de amigos, algunos de los cuales son mis socios, y algún amor.

Ahora me pregunto por qué me demoré tanto en ir a Colombia estando tan cerca. Quizás, lo que mostraba la televisión y los prejuicios de la gente postergaron mi visita a este maravilloso país. Aunque siendo sinceros, algo de eso era cierto, tanto así que el mismo eslogan promocional del turismo colombiano jugaba con ese prejuicio: "Colombia, el riesgo es que te quieras quedar". Rehicieron su relato y el turismo hizo parte de eso.

Durante décadas, Colombia fue sinónimo de violencia: guerrilla, narcotráfico, secuestros y atentados. No obstante, gracias a la actual reconstrucción del país, los turistas han vuelto a visitarlo y la narrativa nacional se ha ido transformando, pasando de ser un territorio de conflicto a un escenario de resiliencia, cultura y memoria, donde el turismo desempeña un papel importante en esa transformación simbólica.

Era inicios de febrero y, como todos los años, iría a México a ver a mi hija Julieta para pasar vacaciones con ella, pero antes pasaría algunos días visitando un lugar intermedio. Había escuchado sobre el barrio La Candelaria, en pleno centro de Bogotá, así que decidí conocerlo.

Bastaron unas horas para desempacar y desechar cualquier prejuicio infame que podría haber llevado conmigo. Un par de interacciones con su gente y la autenticidad de tan bellas personas me desarmó. Dos chicas y un chico que conocí mientras caminaba por el centro me invitaron sin dudarlo a hacer un recorrido junto a ellos. Esa fue la primera vez que visité el Museo Botero y el Centro Cultural Gabriel García Márquez, dos de los lugares que no pueden faltar en cada nueva visita a la ciudad, y el famoso Chorro de Quevedo.

Por la tarde, una chica que conocí mientras caminaba por ahí, estudiante de Comunicación, me llevó a Hard Rock Café y, sin tapujo alguno, me dijo que podía comprobar que sus senos eran naturales, pues decía que yo los miraba con un signo de interrogación en medio de la frente. Esto se sumó a una serie de razones que me hicieron sentir bien en la ciudad, al igual que la recepcionista del hotel donde me alojé, quien amablemente me invitó un café, tras llamar a mi habitación a las cinco de la mañana para despertarme, y meses después me despertaría desde el otro lado de la cama cuando se convirtió en mi esposa.

Sin lugar a dudas, lo que había imaginado y lo que muchos me decían de Colombia antes de mi viaje era totalmente distinto a lo que estaba viviendo. La transformación de la imagen actual que tiene el país del café en el escenario global no se debe solo al sector turístico, sino a un proceso importante de reconstrucción social estrechamente vinculado con la resiliencia colectiva y con cómo las comunidades han reconstruido sus propias narrativas en contraposición al estigma que mundialmente se les había asignado de forma arbitraria. Gracias a ello, han sabido resignificar su historia y su territorio.

Si pensamos que el turismo no solo invita a consumir lugares, sino también simbolismos asociados a esta actividad, podríamos decir que Colombia pudo invertir esas perspectivas que la estigmatizaban y que pasó de ser un país que inspiraba temor a ser un destino muy deseado, más allá del tipo de turismo que allí se desarrolle.

Fueron determinantes la firma del Acuerdo de Paz, el impulso cultural, las políticas públicas y la labor del Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, junto a ProColombia, que fue más allá de la campaña “Colombia es pasión”. Esta iniciativa fue el comienzo del cambio de percepción respecto a temas álgidos como la inseguridad y jugó arriesgadamente con las palabras —entendiendo que no mencionar el problema no hacía que desapareciera— para promocionar la imagen del país a través de aquel gran eslogan: “Colombia, el riesgo es que te quieras quedar”.

Ahora que voy más seguido, puedo disfrutar y valorar más ese dinamismo cultural que sin duda ha sido un pilar en la reconfiguración de lo que, parafraseando a Paul Ricoeur, podríamos llamar la identidad narrativa de los colombianos.

Ver en escena a Totó la Momposina en su último show, a Juanes haciendo bailar y cantar hasta a los policías, a Fonseca haciendo corear éxitos a miles y a Aterciopelados haciendo vibrar con recuerdos de más de tres décadas, todos ellos reunidos en el Festival Cordillera —que este año tendrá a Carlos Vives como

artista principal—, y reconocer el éxito mundial de Shakira, Maluma y Karol G demuestran la proyección que tiene Colombia como un país vibrante y plural, que hace que las melodías se impongan sobre los relatos unívocos de violencia. Su música, sea salsa o vallenato, cumbia o *rock*, *hip hop* o champeta, también hace parte de las nuevas (y antiguas) formas de resistencia.

El arte urbano ha convertido los muros de ciudades como Bogotá y Medellín, por mencionar algunas, en una suerte de lienzos vivos que dan testimonio de lo que se vive o se vivió en algunos lugares, las diversas historias de resistencia y esperanza, y lo que una comunidad visualiza a futuro. Como diría Alejandra Mayorga, una gran amiga socióloga de Villavicencio:

> El *graffiti* es poder urbano y la muestra de resistencia de los cuerpos en las calles, y esa relación tiene un sentido de disputa de la vida cotidiana ante el control, por ejemplo, de las instituciones. El *graffiti* es una postura de lo que refleja una ciudad o espacio territorial, de las dinámicas de quienes lo habitan, de la identidad colectiva, ya que las paredes no son solo un espacio tangible, sino uno donde se comunica lo que el Estado silencia.

Cuando Alejandra me dijo esto, no pude evitar recordar a la Comuna 13 de Medellín, que se ha transformado en una experiencia cultural en la que el relato oral, la música y el arte reescriben la historia local para mostrársela a quienes la visitan. Para contextualizar un poco, recurriré a mi memoria algo difusa e intentaré recordar brevemente lo que la guía turística nos explicó durante la visita, en la que me acompañaban mis padres, mi tía y Julieta.

Esta comuna, ubicada en la parte occidental de la ciudad, ha estado marcada por la violencia. A finales de los años setenta, las familias de otros sectores de la ciudad que no contaban con vivienda empezaron a ocupar informalmente algunos terrenos. Luego, llegaron las familias desplazadas por la violencia que se vivía en otras regiones del departamento y del país. Durante las décadas de los ochenta y los noventa del siglo pasado, la presencia de las guerrillas, los paramilitares y las bandas criminales la convirtieron en una zona de difícil acceso y una de las más peligrosas de la ciudad.

Si bien los grupos guerrilleros se impusieron sobre las bandas delincuenciales hasta expulsarlas de la zona, terminaron estableciendo un régimen armado que sometió a la población y controló todos los espacios y la convivencia. Los habitantes de la comuna debían recurrir a ellos ante cualquier problema, como si se tratara de la institucionalidad estatal. Incluso se llegaron a crear fronteras invisibles, una delimitación espacial simbólica correspondiente al territorio

“conquistado” por cada grupo o actor armado, y dentro del cual este ejercía poder y control.

Hacia el 2000, otros grupos paramilitares empezaron a hacer presencia dentro de la comuna, lo que terminó por exacerbar la violencia. Esta situación se agravó cuando en octubre de ese año, bajo órdenes del entonces presidente Álvaro Uribe, se implementó la Operación Orión, la mayor acción militar realizada en área urbana en Colombia. Según el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), la operación tuvo más de mil quinientos efectivos uniformados (entre ellos, personal del Ejército, el DAS, la Policía, el CTI y las Fuerzas Especiales Antiterroristas, además de otras personas encapuchadas para que no se pudieran identificar) que, desde tanquetas y helicópteros, disparaban a discreción sobre las casas sin importar el objetivo.

El enfrentamiento, que tuvo una duración de dos días, dejó a la población civil en medio del fuego cruzado y de los excesos cometidos. El resultado fue: noventa y dos desapariciones, doce casos de tortura, ochenta civiles heridos y diecisiete personas ejecutadas por la fuerza pública. Todo esto no hizo más que dejar profundas heridas en la comunidad, muchas de las cuales quizás siguen sin cerrar o nunca cerrarán.

No obstante, el proceso de resignificación y recuperación del espacio público por medio de iniciativas culturales, artísticas y comunitarias está viendo hoy sus frutos, el *hip hop*, la trova y sobre todo el *graffiti* se han convertido en una forma de resistencia. Más allá del cuidado que se debe tener con el uso de estos espacios comunitarios para su explotación turística y de los desafíos que aún persisten, la Comuna 13 es una construcción simbólica moldeada por las narrativas, las memorias y los discursos sociales de quienes la habitan, y es, sin duda alguna, un lugar al que deben ir los visitantes de la ciudad. Aunque quien visita este lugar se encuentra hoy día con una fiesta, esta no es sinónimo de olvido, sino una nueva forma de recordar lo sucedido.

Este es solo un ejemplo de la reconstrucción de la imagen de un territorio con transformaciones profundas en las percepciones sociales, donde los lugares son vividos y resignificados por quienes los habitan, y donde las prácticas cotidianas, sean interacciones en una feria local o en un bar atendido por exguerrilleros, han contribuido a desmontar el imaginario del miedo que estaba asociado a Colombia. Si bien ese cambio en la percepción del país estuvo respaldado por las campañas de promoción turística que se impulsaron desde el Estado, es la interacción cotidiana entre memoria, práctica y representación simbólica lo que consolida esas nuevas formas de imaginar el país.

Aún recuerdo aquel febrero del 2009 cuando, al estar de paso por Lima para visitar a mi familia (en ese entonces vivía en Chile), les dije que iría a Colombia. Más de una vez me preguntaron si estaba loco y si era seguro ir allá, como si tan bello país siguiera en la vorágine de violencia, en aquella época tan ajena a nosotros, que en algún momento tomó igual o mayor protagonismo que el delicioso café que allí se produce.

Al aterrizar en Bogotá, llegué a una escena que, aunque muy parecida a mi Lima querida, era a la vez totalmente nueva, donde el arte urbano que plasma memorias y reclamos decora las calles que atesoran cafés y bares independientes donde el posconflicto es uno de los temas más recurrentes, y donde las experiencias turísticas combinan la historia con la gastronomía y la música para hablar de una nueva Colombia, lejos de los carteles, la guerrilla y el terrorismo de Estado.

Pero, como ya lo he mencionado, desarrollar turísticamente un territorio puede ser un arma de doble filo. Cartagena de Indias es un claro ejemplo de que la reescritura de esta nueva narrativa del país no es homogénea ni está exenta de contradicciones. Esta conocida ciudad al borde del mar muestra las dos caras de la moneda: un centro histórico arquitectónicamente reluciente para el turista y un barrio como Getsemaní que sigue resistiendo al desalojo, a la gentrificación y a la turistificación cada vez más acelerada, en la que los barrios tradicionales se convierten en zonas exclusivas para los turistas, mientras que los habitantes son desplazados a las periferias. En vez de contribuir, estos procesos resultan haciendo del turismo un factor de exclusión dentro de las comunidades. Si bien el turismo puede ser una herramienta para resignificar territorios y dinamizar economías locales, su desarrollo sin una regulación clara puede reproducir lógicas de desigualdad.

En diversos espacios donde lo he escuchado o leído, Ernest Cañada, un amigo e investigador crítico de los fenómenos sociales que se desprenden del turismo, advierte que el modelo turístico dominante en nuestros países, los países latinoamericanos, tiende a favorecer intereses empresariales y a las élites locales, desplazando a las comunidades y precarizando el trabajo de los pobladores, en especial a las mujeres y más aún si son indígenas o afrodescendientes. Asimismo, este modelo contribuye a la expansión de economías grises, en las que las estafas y la explotación sexual surgen como estrategias de supervivencia en estos contextos de exclusión, que reproducen jerarquías económicas además de raciales y simbólicas. En casos como estos, entre los que se incluye a Cartagena, el turismo está muy lejos de ser emancipador y muy cerca de ser una nueva forma de colonización tanto del territorio como de la memoria.

Si recurrimos al concepto de “espacio contradictorio” propuesto por Henri Lefebvre, definido como el lugar donde se enfrentan y coexisten múltiples lógicas espaciales, como el capital, el uso cotidiano, el poder y los imaginarios simbólicos, podríamos tener una lectura más crítica de los territorios transformados por y para el turismo, como es el caso de muchos de los lugares imperdibles en Colombia. Los intereses económicos de inversión que se despliegan (espacio concebido), las prácticas sociales con las que se interactúa (espacio vivido) y los discursos y las representaciones simbólicas que los turistas consumen (espacio percibido) son los ejes con los que se produce el espacio y que, al superponerse, generan tensiones entre la lógica mercantil y la reproducción cultural de una comunidad, convirtiendo al espacio en un campo de disputa.

Así, en el contexto del turismo, estas contradicciones se manifiestan en conflictos por el uso del suelo (lo que termina en procesos de gentrificación), en las transformaciones identitarias y en las resignificaciones culturales; mientras que los actores turísticos (públicos, privados o de la sociedad civil) buscan optimizar los territorios como un producto, las comunidades locales enfrentan el desafío de sostener su vida cotidiana y las formas de habitar que las identifican. A partir de este entramado, el espacio se convierte en un ente dinámico donde se negocia, se resiste y se adapta a los cambios que el turismo provoca, reconfigurando constantemente no solo el espacio físico, sino también las relaciones sociales y los sentidos colectivos de la comunidad. Colombia no es ajeno a esto. Por eso, es urgente pensar el turismo como una actividad al servicio de la comunidad, en vez de una actividad en la que la comunidad está a su disposición.

En la actualidad, Colombia ya no se presenta ante el mundo como un destino exótico marcado por la violencia. Atrás quedaron las palabras más comunes con las que se identificaba al país; ya no son la cocaína, los secuestros, los carteles, los nombres como el de Pablo Escobar ni las siglas como las FARC y el interminable conflicto armado los que representan al país. Aunque algunas cosas persisten, los cimientos de esa narrativa fueron sacudidos fuertemente para escribir una historia distinta desde la esperanza, ojalá no solo para invisibilizarla.

Las cifras no mienten. Según el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo, el número de turistas que ingresaron al país aumentó de casi seiscientos mil en el 2000 a 4,5 millones en el año anterior a la pandemia. Mientras que países con una cultura milenaria y una gastronomía reconocida mundialmente, como Perú, siguen luchando por alcanzar al menos el número de visitantes que tenían antes de la pandemia; en el 2024, tras abrirse al mundo, Colombia superó los 6,7 millones de visitantes no residentes.

Ya no se necesita un chaleco antibalas dentro del kit viajero o el servicio de algún guía paranoico, solo disponer los sentidos y el corazón. El ruido de los disparos que marcaron profundamente su historia ha sido cambiado por las melodías de la cumbia, el vallenato y la salsa, que hacen retumbar las esquinas susurrando verdades más elocuentes que cualquier discurso. El rostro de Pablo Escobar parece haber sido opacado por el de Juan Valdez y el olor a pólvora, disipado por el aroma envolvente del mejor café del mundo. Colombia intenta cada día dejar de ser un país con profundas heridas para convertirse en un país de cálidas bienvenidas, como la de aquella chica hermosa en el aeropuerto de Medellín que gritó hacia la fila de migraciones: "¡¡¡Bienvenidos a mi tierrita, pues!!!". Colombia es un país que late al ritmo de su propia redención y ha aprendido a bailar con su pasado.

Como dije al principio, hablar de Colombia es muy especial para mí. Si México me dio una hija, Colombia me dio una familia, me permitió cumplir un sueño aplazado que parecía lejano. Para mí, Colombia es la refranería hilarante de Humberto, la hermosa musicalidad de Lorena, la mezcla de fuerza y belleza de Alejandra, la complicidad de Juliana, la inteligencia de Edgar, la amistad del profesor Carlos, la tierna locura de Hatlyn, la efusividad desbordante de Karen y la hospitalidad de Nataly y su familia. Colombia es Gabo y Macondo, de donde mi cabeza no puede ni quiere escapar. Es ese país que no se rinde ni se esconde.

Por eso, de los capítulos de este libro, este es quizás el único que de alguna forma intenta ser una invitación, porque hacer turismo en Colombia, ojalá de forma responsable, no es solo contribuir a una industria en crecimiento, sino ser parte de una práctica social que refleja y potencia el giro simbólico de un país que aprendió, sin miedo, a narrarse de nuevo.

AUSCHWITZ Y LA DEUDA SOCIOLÓGICA

En noviembre del 2021 tuve la oportunidad de visitar Auschwitz. Como menciono en un breve artículo publicado en la revista *Espacio Sociológico* bajo el título "De Auschwitz a Qatar: modernidad a la vista", me sentí incapaz de esbozar una conclusión y asignarle al Holocausto una etiqueta diferente a demencial o cualquier sinónimo. Había recorrido los primeros espacios del lugar cuando instintivamente tomé el celular y le escribí a mi hermano: "Chicho, ¿qué tal? Oye, los nazis estaban locos, no hay otra explicación para esto. Saludos". Pero sí la había.

Aquella noche, estando en el hotel y mientras Richard, mi compañero de viaje, se alistaba para irnos de rumba en una ciudad tan fría que obligaba a usar los calzoncillos largos que alguna vez me regaló mi abuelita Angélica, empecé a adelantar unas lecturas de la universidad. Justo una de ellas era sobre la modernidad y la posmodernidad, de cómo hemos pasado del orden como tarea a la imposibilidad del orden como ideal. También mencionaba la metáfora de la jardinería y del Estado jardinero, la cual tiene sus orígenes en uno de los libros (para mí, el mejor) del sociólogo polaco.

Para Zygmunt Bauman, esta analogía es válida cuando hablamos de las prácticas de la modernidad en función del orden. El jardinero, que en este caso sería el Estado, propone una visión del orden de las cosas y, luego, pone toda una maquinaria a disposición para implementar dicho orden. Así, impone una forma idealizada a un espacio, llamémosle jardín, del cual debe eliminar todo lo que considera como maleza, es decir, esas plantas que podrían perturbar el diseño establecido. El Estado jardinero ve a la sociedad como ese jardín que debe ser constantemente vigilado y defendido para mantener los límites que ya estableció. Precisamente, es el Estado moderno el que usa estas prácticas de jardinería.

Después de leer el abordaje que hace Bauman en su libro *Modernidad y Holocausto*, pude tener una idea más clara de tan condenable hecho histórico. ¡¿Por qué no lo leí antes de ir a Polonia?! ¡Carajo! Como en mi caso, parece que otros también encontraron en la locura una explicación rápida y complaciente. No obstante, el abordaje sociológico que hace Bauman da indicios de algo que debemos tener en cuenta: el Holocausto fue un fenómeno fundamentado en la modernidad y no en conductas individualistas antisemitas (existentes pero no condicionantes) ni en un trastorno mental que se apoderó del pueblo alemán como si fuera un virus.

Al ingresar a Auschwitz-Birkenau para hacer un recorrido turístico, recordé a Tuol Sleng, en Camboya. Ese lugar, ubicado a poco más de setenta kilómetros de Cracovia, fue el complejo de campos de concentración y exterminio más grande que tuvieron los nazis para la ejecución de lo que llamaron "la solución final" durante el Holocausto. Se estima que por este campo de concentración pasaron más de 1,3 millones de personas entre 1940 y 1945. Un cuadro dentro del lugar hace una referencia directa a quienes pasaron por ahí: 1,1 millón de judíos, entre 140 mil y 150 mil polacos, veintitrés mil gitanos, quince mil prisioneros de guerra soviéticos y veinticinco mil de otras etnias. De todos ellos, el 90 % de las víctimas mortales fueron judíos, los cuales en su mayoría fueron asesinados en las cámaras de gas a las que hoy día se puede ingresar para conocer, tomar conciencia, alimentar el morbo y tomar una foto.

Actualmente, es un lugar de memoria que ha sido recuperado para el turismo; ojalá para educar. Ya lo decía Theodor Adorno en *La educación después de Auschwitz*: la exigencia de que Auschwitz no se repita debe ser la primera exigencia de la educación. A Auschwitz no lo produjo un odio irracional escapado de un episodio de locura nacional, sino una lógica fría, técnica y muy bien organizada, en la que sus ejecutores no eran monstruos, sino burócratas obedientes. Tal vez, eso es lo que más asusta. Por tanto, lo que sucedió allí no solo debe ser un recuerdo de un triste episodio histórico, sino una advertencia permanente de la necesidad de educar contra la barbarie. Ese también es el sentido inicial de un viaje al visitar un lugar como Auschwitz, educar, o al menos es lo que debería ser.

Ahí estaba yo. El camino de tierra y piedra crujía mientras leía lo que decía el infame portal de hierro "Arbeit macht frei" que significa "El trabajo libera". Todo era limpio y ordenado, y el césped estaba muy bien cuidado. Ahora pienso en la analogía del jardín que querían mantener sin maleza. Los caminos que conducían a las barracas estaban bien marcados y yo caminaba por estos con los audífonos escuchando a la guía, una señora algo mayor, que contaba en inglés y con voz neutra los detalles, las cifras, la cronología, los nombres y los cargos, todo con gran precisión. De repente, fijé mi mirada en una pequeña sandalia de niña de colores rojo y negro, la cual estaba delante de los más de ocho mil zapatos de niños que se exhiben y a los que les empezaron a hacer trabajos de conservación en el 2023, gracias a una inversión de casi medio millón de dólares.

En cada edificio que sirvió de oficina siempre destacaba algún dato de precisión: la hora de llegada del tren, a cuántas horas de haber llegado fueron asesinados, las edades, los nombres, la procedencia, la hora en la que murieron sin juicios y sin odios; pura eficiencia. Y cada vez que salía de esos edificios y me encontraba frente al campo silencioso y ordenado, la voz de un Pepe Grillo macabro parecía

susurrar que todo lo que sucedió ahí podría repetirse en estos tiempos, incluso mejor organizado.

Por eso, ahora cada vez que recuerdo aquella visita, pienso en Bauman. Lo imagino diciendo que el horror que allí se vivió no fue producto de la barbarie humana, sino de su racionalidad; que no había locura, sino organización; que no hubo gente poseída por el diablo, sino gente normal, con traje, sellos, firmas y protocolos a seguir. Si bien toda esa burocracia moderna que se desplegó no determinó la magnitud de los horrores cometidos durante el Holocausto, es la racionalidad instrumental que promueve la modernidad la que carece de capacidad para evitar que un genocidio se repita. Y eso, precisamente, le quita exclusividad histórica. Es por eso que su repetición es posible y porque dos de las condiciones que permitieron el Holocausto existen en la actualidad: seguimos produciendo socialmente la indiferencia moral y seguimos produciendo invisibilidad moral. A partir de estas dos condiciones, se desplegaron una serie de acciones que la estructura burocrática moderna hizo posible.

El acatamiento de órdenes dentro de la línea de mando que se hizo parte de la rutina, el trato que se le daba al "problema judío" y la "solución final" fueron vistos bajo el lente de la eficiencia productiva. El camino a la muerte siempre fue un proceso mecanizado, tratado en términos de producción como si se seleccionaran, transportaran y eliminaran objetos. Hubo una segregación y deshumanización de las personas hasta convertirlas, en muchos casos, en cómplices de su propio exterminio.

Esa cadena de etapas que iban sucediéndose estaban totalmente automatizadas: quien ordenaba el genocidio (que también recibía y cumplía órdenes de su superior inmediato); quien redactaba un informe expedito; quien trasladaba dicho informe con rapidez; quien transportaba a los judíos desde el gueto hasta los campos de concentración sin demora alguna; quien los recibía con entusiasmo y agilizaba su ingreso; quien les cortaba el cabello (mechones que hoy son parte de una pila exhibida tras un vidrio) a quienes figuraban en dicho informe y los animaba haciéndoles creer que entrarían a una ducha, y quien tras todo el proceso finalmente apretaba el botón de la cámara de gas. En esa brecha entre quien ordenaba y quien ejecutaba la acción, se desdibujaba la moralidad de los actos.

Bauman plantea que la violencia se torna más eficiente cuando los medios por los que se aplica están sometidos a criterios instrumentales y racionales, y se disocian de la valoración moral de sus fines. Esa disociación es propia de las burocracias modernas y ha servido para alcanzar los altos grados de eficiencia que

las caracteriza. Para esto, se han valido de dos procesos que se dan en paralelo: la división del trabajo (con sus dinámicas de poder y subordinación) y el hecho de que la responsabilidad técnica sustituye, en estos tiempos, a la responsabilidad moral de los actos que cometemos.

Para contextualizar esto último, traigo a colación un hecho de relevancia internacional. Según Amnistía Internacional España, en la construcción de estadios para la Copa Mundial de la FIFA Catar 2022 hubo al menos 6500 obreros inmigrantes del sur global que fallecieron debido al sometimiento a jornadas laborales de veinte horas diarias, a temperaturas de 50 °C y en condiciones precarias propias del sistema de patrocinio de las empresas, denominado "kafala", que despoja de derechos a los migrantes a quienes se les confisca el pasaporte si deciden buscar mejores condiciones de trabajo.

Durante su construcción, murieron 223 obreros en el Estadio Al Janoub; 540 en el Estadio Al Thumama y 1113 en el Estadio Al Bayt. Este último estadio tiene un dato curioso e incluso amarillista: el arquitecto encargado de su construcción fue Albert Speer Jr., hijo del arquitecto de Hitler, quien además fue su ministro de Armamento y Producción de Guerra, y fue condenado en los juicios de Núremberg; sin embargo, este no es el único estadio de Catar en cuya construcción participó Speer. No lo responsabilizo por los actos de su padre, pero me parece una fatal coincidencia. Cuando las personas se reducen a meras cifras o engranajes, se corre el riesgo de naturalizar lo inhumano.

Retomando Auschwitz, su silencio es tan denso que no podría describirlo, no sé si por respeto o por terror. Las barracas con sus "servicios higiénicos" nada higiénicos, las maletas rotuladas con los nombres de quienes tuvieron la mala suerte de que esa fuera la última estación de un tren que no querían tomar y las trenzas de cabello de mujer amontonadas tras una mampara producen un estremecimiento casi imposible de explicar. Las fotos colgadas de oficiales nazis no muestran a monstruos, sino a hombres comunes, con lentes, bigotes y uniformes implacablemente planchados. De modo que el mal no siempre es monstruoso, solo necesita personas que sigan órdenes y dejen de pensar críticamente; de ahí su condición banal.

La alemana Hannah Arendt acuñó el concepto de "banalidad del mal" para referirse a cómo un sistema de poder político puede hacer del exterminio de seres humanos algo trivial si este se realiza como un procedimiento burocrático, el cual es ejecutado por funcionarios que tienen una total incapacidad para pensar en las consecuencias éticas y morales de sus actos. Esto dialoga de forma muy cercana con lo que plantea Bauman.

De eso se trata la banalidad del mal: del horror ejecutado no por sádicos, delirantes, sino por burócratas obedientes que cumplen órdenes sin cuestionarlas. En su libro *Eichmann en Jerusalén*, que narra el juicio llevado a cabo contra Adolf Eichmann, Arendt describe a un hombre que no parecía un demonio ni un monstruo, sino un burócrata con ansias de escalar para obtener poder. Aunque este hombre era despreciado por sus jefes e incluso por sus propios colegas, inofensivo y poco dado al uso de la violencia, era un funcionario meticuloso que organizaba trenes hacia la muerte con la eficiencia de esos burócratas que hoy día parecen abundar en el sector público y hasta en el privado.

Esa trivialidad y banalidad de la muerte de la que nos habla Arendt, las cuales asume como partes del engranaje del Holocausto, nos generan ruido respecto a la forma como en la actualidad consumimos la violencia. Si bien en Auschwitz la vida de muchos se redujo a decisiones logísticas de un plan, hoy día los cuerpos sin vida bajo los escombros por los bombardeos en lugares como Gaza son vistos en tiempo real como si fueran parte de una narrativa lejana, de una ficción de Hollywood. Las guerras, los asesinatos y los genocidios llegan a nuestras pantallas, editados con filtros y efectos, y se intercalan con recetas de cocina o recomendaciones de nuevos restaurantes o bares. Todo el horror al que lamentablemente ya nos tienen acostumbrados en estos tiempos llega en forma de contenido. Y nosotros, como simples espectadores y testigos pasivos, aprendemos o nos acostumbramos a no sentir demasiado.

En *Ante el dolor de los demás*, Susan Sontag señala que, si bien la guerra civil española fue la primera guerra que tuvo cobertura de fotógrafos profesionales que llenaron los periódicos y las revistas con sus registros, la guerra de Vietnam fue la primera en ser transmitida a diario. Esto introdujo la “teleintimidad” de la muerte y la destrucción en los hogares, convirtiéndola en una suerte de entretenimiento doméstico.

En la actualidad, las redes sociales aceleran este proceso de normalización. Padres llorando con sus hijos heridos o muertos en sus brazos, hospitales bombardeados y mujeres violentadas son imágenes que aparecen y desaparecen en segundos, muchas veces sin darnos tiempo para identificar dónde están sucediendo esos hechos. Basta con deslizar el dedo y pasamos al meme, al baile viral y al gol de la semana. La muerte se vuelve un espectáculo fugaz, sin contexto, sin profundidad, trivial, banal. La banalidad del mal es traducida a ese cruel algoritmo que va despojando de humanidad a las víctimas y de responsabilidad a los testigos.

Auschwitz constituyó una maquinaria de exterminio perfectamente diseñada. No fue una barbarie anómala, sino un producto que se materializó dentro de la misma modernidad. No se trató de un accidente que contradijo la lógica moderna, sino de algo que esa lógica, con su orden, burocracia y deshumanización, hizo posible. La sociología quedó en deuda por sus omisiones en el análisis del Holocausto y por su visión reduccionista de lo sucedido.

Esa "industrialización" de la muerte necesitaba de personas que, si bien no odiaban, tampoco pensaban. Toda la maldad que se desplegó en el Holocausto se volvió un mero trámite administrativo, en el que el exterminio era simplemente una tarea más dentro de la jornada laboral.

Cracovia, a poco más de una hora de Auschwitz, convive con el peso de la memoria y su riqueza histórica. Sus calles empedradas; la basílica de Santa María; su típica rosquilla de pan llamada *obwarzanek*; la Plaza del Mercado; los cafés del barrio judío; la fábrica de Oskar Schindler, que pasó de ser un lugar que se aprovechaba de la mano de obra barata a ser un refugio que albergó a muchos judíos y hoy día es un museo imperdible; Podgórze con los restos del muro del gueto, y la plaza Bohaterów, donde se seleccionaba a los judíos que iban a ser llevados a Plaszów o a Auschwitz, y donde hoy día se erige el Monumento de las Sillas, un homenaje del director de cine Roman Polansky a quienes tuvieron de abandonar sus casas cargando con todas sus pertenencias, hacen parte de la invitación a caminar la ciudad, a caminar sobre una herida que parece no haber cicatrizado por completo y que en muchos sitios tiene placas conmemorativas que lo recuerdan.

Cracovia honra lo perdido sin detener el tiempo e intenta mantener viva su historia sin mercantilizarla. Es tan bella que mi estadía, que sería de un día, pasó a ser de tres días. Es tan vibrante en la noche que, pese a una temperatura de 0 °C, bailé reguetón en un bar cubano, donde el sudor y los mojitos corrían como si estuviera en el Vedado, en La Habana, hasta que salí y el frío de otoño me hizo recordar dónde estaba.

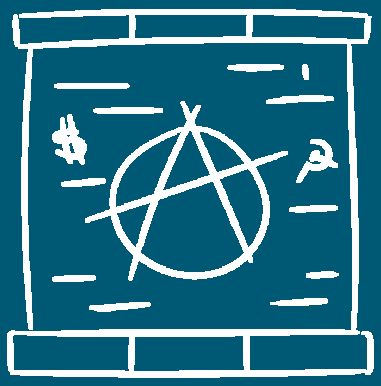
Si bien el Holocausto no puede ser explicado en su totalidad ni interpretado con categorías convencionales, no deja de ser un abismo en la historia de la humanidad y algo que no puede caer en el morbo. Por eso, esta crónica no pretende explicar el horror, sino mantener la memoria sin convertir a las víctimas en meras estadísticas o en un espectáculo. Es tal vez una forma de devolver el rostro a los ausentes y los nombres a quienes el nazismo impuso el anonimato. Narrar lo sucedido debe hacerse siempre sin neutralidad y asumiendo una posición, más ahora que vivimos en una época en la que la muerte ajena se

consume por un segundo y se olvida tras un clic. La ética de lo inefable no nos invita a callar, sino a hablar de esto con cuidado y humildad, sabiendo que lo que ocurrió desborda el lenguaje.

Aunque recorrer Auschwitz en Cracovia, Tuol Sleng y los Campos de la Muerte en Phnom Penh, el campo de concentración de Sachsenhausen a las afueras de Berlín y otros lugares similares con alambradas oxidadas y torres de vigilancia vacías nos invita a buscar culpables, la verdad es más incómoda de lo que creemos. El mal no siempre irrumpe, a veces se mimetiza y se manifiesta en la indiferencia, la obediencia ciega y la renuncia a la decisión propia.

Estoy seguro de que aquellos que firmaron en Suiza la aceptación de Catar como sede del Mundial, lo patrocinaron, lo promocionaron, planificaron desde una oficina los costos de construcción de los estadios y la mano de obra necesaria, firmaron los contratos con quienes subcontrataron esa mano de obra del sur global, entre otros, estuvieron tan alejados de los hechos que no sintieron responsabilidad alguna. Es en esta serie de sucesos en la que invisibilizamos socialmente la moral y producimos socialmente la indiferencia.

Por esas fechas del Mundial publiqué el artículo en la revista *Espacio Sociológico*, en el cual abordo lo que aquí he mencionado. No dudo que la gran mayoría que lo leyó, incluido yo mismo, estuvimos ese diciembre junto a los amigos frente al televisor y con una cerveza en la mano, de preferencia la del auspiciador oficial del Mundial, gritando goles y celebrando la consagración de Messi sin remordimiento alguno por lo que sabíamos respecto a todas esas vidas que se cobró el Mundial. Precisamente, ahí radica la preocupación.



BERLÍN Y LA NOCHE SURREAL

No recuerdo un viaje más surreal que el que hice a Berlín. Esta es una ciudad maravillosa en la que el recuerdo activo del pasado se ha convertido en ética social presente, donde fui testigo de un hecho que nunca había vivido y que escapaba de toda alucinación posible. Además, esa misma noche, por casi diez minutos estuvimos a punto de ser parte de una pelea de la cual muy seguramente hubiéramos salido mal librados.

Berlín y su noche otoñal, que comienza hacia las 4:00 p. m., ofrecen una oportunidad excepcional para vivir la fiesta que envuelve a la ciudad cuando todo oscurece y la noche se convierte en un laboratorio social y una suerte de acto de expiación de culpas.

Un gran amigo peruano, Vitti Corleone, como lo llamamos, que vive en Berlín hace ya varios años, fue nuestro guía y embajador de la noche berlinesa. Con la pericia de un lugareño y un alemán casi perfecto con el que se comunicaba hasta para pelear, nos llevó a Richard y a mí de metro en metro, de estación en estación y de lado a lado de la ciudad, con cerveza en mano, para que pudiéramos conocer el que ahora era su hogar.

Berlín parece ser una tesis en movimiento. Al caer la noche, miles de individuos salen a negociar sus identidades, a experimentar los límites del cuerpo y del placer, a crear comunidades fugaces y a resignificar el espacio urbano, el de la otrora ciudad desde donde se dirigió la maquinaria que asesinó a millones de personas. Es un ritual contemporáneo, en el que, en algunos casos, las reglas pasan a segundo plano para crear otras nuevas y, en otros, se pone a prueba esa ética a la que me referí previamente en una forma de redención simbólica.

Vitti nos iba contando cómo funcionaba Berlín. Nos explicaba por qué aquella chica que caminaba sola por aquel lugar tan oscuro donde se cruzó con nosotros tres siguió hablando por teléfono sin inmutarse ni mostrar signo alguno de preocupación, contrario a lo que pasaría en nuestras ciudades. Aunque nos consiguió tiquetes de transporte a precio universitario, nos explicó cómo funcionaba el sistema y cómo, a pesar de que nadie controlaba si pagabas el pasaje o no, todos trataban de cumplir con su deber y vivir bajo el orden establecido.

Fuimos de la Puerta de Brandeburgo a la catedral de Berlín; del Monumento a los judíos de Europa asesinados hasta Alexanderplatz; del Checkpoint Charlie, el paso fronterizo más famoso en la época de las dos Alemanias, cuando Berlín también fue dividido ideológica y administrativamente, hasta East Side Gallery, la galería de arte al aire libre más grande del mundo que extiende sus 1300 metros de concreto a lo largo del río Spree y se convirtió en símbolo de resistencia.

El Muro de Berlín fue intervenido desde el momento de su caída, el 9 de noviembre de 1989, por más de 115 artistas de más de veinte países y un año después fue reinaugurado como galería al aire libre. Con el tiempo, se ha convertido en un puente entre el pasado y el presente. Ya no se escuchan gritos, órdenes ni disparos; ahora solo se escuchan los clics de las cámaras fotográficas y una gran variedad de idiomas en medio de las risas de los turistas que posan para obtener su mejor foto. Entre lo más visitado y fotografiado de esta galería, se encuentra la imagen del beso entre Leonid Brézhnev (exlíder soviético) y Erich Honecker (su homólogo de Alemania Oriental) con la frase: "Dios mío, ayúdame a sobrevivir a este amor mortal", en alemán y en ruso.

La siguiente parada fue Warschauer Platz, en el barrio Friedrichshain. No recuerdo bien si era martes o miércoles, solo que esa parte de la ciudad estaba envuelta entre sombras, colores neón de los *sex shops* y música. Llegamos a la estación de Warschauer Straße, bajamos las escaleras y fuimos directamente a un club nocturno llamado Matrix 365 Berlin, cuyo nombre hace referencia a que está abierto todos los días del año.

Tras cruzar las vallas metálicas, llegamos a donde estaba el personal de seguridad que nos miró y nos dejó ingresar. Al parecer, la entrada era selectiva pero no elitista. Pesaban más los códigos culturales que la billetera o la marca de ropa. Ingresamos y parecía que todos habían ajustado sus *piercings*, lustrado sus zapatos y desempolvado sus vestimentas más coloridas para su propio deleite y no el de los demás. Todos miraban, pero nadie veía. Nadie miraba dos veces cómo lucía la persona de al lado. Por lo visto, en Berlín, juzgar al otro es un pecado capital que nadie quiere cometer.

Entre la multitud, un muchacho se le acercó a una mujer y le introdujo un dedo en el oído. Ella se volteó, lo miró y, luego, lo ignoró. Insistiendo, él se ubicó detrás de ella para "perrear" intensamente. Ella, atenta a su celular, ni se inmutó. El ritual continuó por algunos minutos. Ella se movió a otro sitio y él fue tras ella, buscando de nuevo el roce contra su cuerpo. Ella lo seguía ignorando hasta que después de un tiempo lo miró y le dijo algo que por su gesto fue un "ya no". Alrededor se agrupaban jóvenes y se escuchaba una mezcla de idiomas —inglés,

alemán, español, francés— que no necesitaban traducción; la noche berlinesa comprende todos los idiomas y lo interpreta todo, salvo el lenguaje de la rigidez.

Georg Simmel se refiere a la “actitud blasé” como una actitud de indiferencia y desapego emocional que experimentan los individuos ante el exceso de estímulos en las ciudades o los espacios con gran densidad social. Al parecer, Berlín sabe cómo revertir esa suerte de anestesia emocional.

En Berlín se siente y se experimenta sin jerarquías, bajo el influjo de la música que convierte al cuerpo en un mensaje. Los jóvenes parecen perder sus identidades sin asumir ninguna otra, disfrutando entre el rito de paso y la reintegración. Matrix 365 es ese espacio liminal, ese umbral donde no eres ingeniero, sociólogo, artista o migrante, simplemente eres parte de un flujo colectivo, temporal e irremediablemente libre. Si Matrix 365 es ese sentimiento de comunidad espontánea que surge en contextos liminales, Berlín es un laboratorio viviente.

Y es que, entre la multitud, se aprecia un público diverso, cuya pluralidad no solo responde a sus pasaportes, sino a sus propias formas de existir. Quizás el joven insistente del perreo intenso era un arquitecto polaco; la joven de lentes que hablaba español, bailaba y se besaba con alguien que le respondía en alemán y la seguía besando era una estudiante de artes o diseño en Madrid; el que acababa de pedir una cerveza en la barra era un refugiado sirio o armenio, y la que ponía la música que hacía movernos a todos siguiendo los *beats* más pegajosos del momento era una *DJ* trans de Lisboa. Todos comparten ese deseo de disolver fronteras, las territoriales y las del propio ser.

En *El tiempo de las tribus: el ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, Michel Maffesoli propone que, en la posmodernidad, los lazos sociales ya no se reorganizan en torno a las instituciones clásicas como la familia, el trabajo o la iglesia, sino a partir de microcomunidades estéticas y afectivas como lo hípster o lo *vintage*, el tecno o lo emo, lo *drag* o lo *swinger*, entre otras, que crean nuevas tribus efímeras pero sólidas mientras duran y en las que no hay líderes, pero sí afinidades.

Aunque por lo que describo pareciera que la noche berlinesa es un escapismo o un carnaval desenfrenado, no lo es. El hedonismo posmoderno del que advierte Bauman no conlleva la irresponsabilidad como una condición intrínseca y puede ser sinónimo de resistencia. Bailar sin parar, ignorar las normas impuestas, amar sin etiquetas ni restricciones: todo esto, y aún más, puede ser un acto político si el contexto en el que ocurre es represivo, como lo es para muchos esta sociedad capitalista, colonial y patriarcal.

Todas las tribus han encontrado un espacio no solo de expresión, sino también de legitimidad en un Berlín que ha sabido institucionalizar lo marginal y la alteridad. Según David Harvey, la ciudad es el lugar donde se entremezcla gente de todo tipo y condición, a veces hasta en contra de su voluntad o con intereses distintos u opuestos, pero que comparten una vida en común por efímera y cambiante que sea. Aunque Berlín no se puede entender sin sus tribus más representativas, como las de los migrantes, existe el riesgo latente de la turistificación y de que estos espacios que hoy ocupan estas tribus no solo encarezcan el nivel de vida, sino que sean desplazados para dar paso a otras formas de mercantilización, como edificios de departamentos para Airbnb o restaurantes de lujo, por mencionar algunos, y terminen por expulsar a quienes crearon esta cultura alternativa que le da vida, color e identidad a la ciudad.

Esa larga oscuridad a la que no estamos acostumbrados no nos permitía estimar la hora. Solo recuerdo que caminábamos por Warschauer Straße y un tipo, armenio o albanés, no lo sé, venía gritando hacia nosotros arrastrando un bolso color morado. De pronto, todo se volvió confusión y empezó a amenazarnos, se quitó la camiseta y su pecho y cuello tatuados quedaron al descubierto haciendo su imagen aún más aterradora.

Quería asustarnos, golpearnos o matarnos, no lo sé. Nosotros retrocedíamos, mientras él avanzaba. Gritaba en alemán o en algún idioma que no lograba entender, y su rostro advertía que no era nada bueno; hasta que después de unos minutos se detuvo. Todo parecía haberse solucionado hasta que Vitti le dijo en forma burlona y haciendo el gesto de mandarle un beso volado: “Amor y paz”. Y nuevamente empezó a repetirse todo: los gritos, su violencia y nuestro retroceso; hasta que por fin se acabó. Seguimos caminando, algo sorprendidos y quizás algo asustados. De pronto, un joven vino corriendo hacia nosotros, gritando que lo querían matar y el pobre perro chihuahua que tenía una sola pata delantera y al que arrastraba del cuello no sabía si ladrar o llorar. La escena fue muy graciosa, pero contuvimos la risa y tratamos de hacerlo sentir seguro o al menos acompañado. El joven también había sido amenazado por el mismo tipo. Charlamos, lo calmamos y nos reímos. Luego, decidimos ir a otro lugar de Berlín a buscar donde continuar la noche, tomar cerveza y escuchar música, tal vez algo más calmado o no. En todo caso, la noche siempre trae alguna sorpresa o una nueva aventura.

Pero para lo que íbamos a ver un par de horas después, nada nos había preparado. Los vasos de cerveza Erdinger estaban sobre la mesa. El susto o la sorpresa del episodio anterior ya había pasado con los primeros sorbos y charlábamos amenamente. La música, unas veces *hard rock* y otras veces metal, sonaba fuerte.

Mirábamos a todos los que estaban dentro de aquel bar, todos tan iguales y a la vez tan distintos.

De pronto, irrumpió en el bar una inmigrante que, por su cabello y color de piel, asumimos que era africana. Con mucho respeto empezó a mirar debajo de las mesas y a revisar los rincones del lugar con una bolsa en la mano, como si estuviera buscando objetos perdidos u olvidados de clientes. Con ese mismo respeto le pidió a un cliente que le invitara un cigarrillo, quien accedió con gusto y se lo dio. En seguida, como en una suerte de arrebato, ella agarró el vaso de cerveza del cliente y se lo bebió de un solo sorbo. El administrador del bar, un alemán con pinta de Jesucristo de cuadro renacentista, se acercó a pedirle que se retirara. Ella solo lo miró, estiró la mano para romperle la camisa y le apagó el cigarro en el pecho haciendo saltar chispas de fuego que en segundos se convirtieron en cenizas. El alemán subió el tono de voz y la increpó con la potencia característica de su idioma —aunque no entendimos lo que dijo, lo pudimos interpretar—. La increpó, pero no la tocó ni la obligó a salir del bar por la fuerza. Ella lo miró, soltó su bolsa y se desnudó de la cintura hacia arriba. Aún en el asombro, se me escapó una broma tonta hacia Richard: "Al menos ya puedes decir que viste un par de tetas en Europa". Reímos estúpidamente y seguimos mirando lo que sucedía. Al parecer, él dijo que llamaría a la policía, se dio media vuelta hacia la puerta del bar y salió. Ella, en un acto de inconformidad, solo atinó a lo inesperado: se cagó.

El olor invadió el ambiente, mucho más rápido de lo que ella se demoró en salir del bar por su propia cuenta. En menos de cinco minutos, las mesas fueron quedando vacías una a una. Todos los clientes pagaron y se fueron, dejando sus bebidas a medias. Solo quedaron en el fondo los tres peruanos que necesitaban más detalles de lo sucedido.

Nos acercamos al Jesucristo renacentista que ya estaba dentro del bar y esperando a la policía. Aprovechando a Vitti como traductor, le preguntamos por qué no la tomó del brazo y la llevó hacia la calle cuando lo agredió con el cigarro. Su respuesta nos sorprendió.

—Si hago eso, mañana me cierran el local. Es claro que esta persona no está en todas sus facultades mentales. Yo sí. Tal vez ni siquiera ha comido hoy. Yo sí. Es claro que ella no tiene una vida privilegiada como inmigrante y en sus condiciones mentales. Yo sí. Todos los que estábamos aquí adentro sí la tenemos —nos dijo.

Sorprendidos, pagamos la cuenta y nos fuimos a seguir caminando por las calles de esta ciudad que sorprende. Sorprende porque, al parecer, en lugares

como Alemania o más precisamente Berlín, la memoria colectiva no solo sirve para conmemorar a las víctimas de los tristes hechos históricos que han vivido, sino también sirve como una lección efectiva de un aprendizaje social que ha permitido integrar ese pasado doloroso para transformarlo en una ciudadanía crítica y empática, que asume un pasado oscuro para construir los valores de su presente.

Hay algo que en Berlín no se explica por mero hedonismo o libertad. Hay un respeto profundo hacia la diferencia. Se respeta al migrante, al *queer*, al neurodivergente, al refugiado, al que está recuperándose de alguna adicción, al sintecho que vive bajo una estación en frente de una discoteca como Matrix 365. No se trata de que esta apertura ante la diferencia sea una moda pasajera o un esnobismo condescendiente y lastimero, sino de que Berlín parece cargar con una memoria que le impide olvidar.

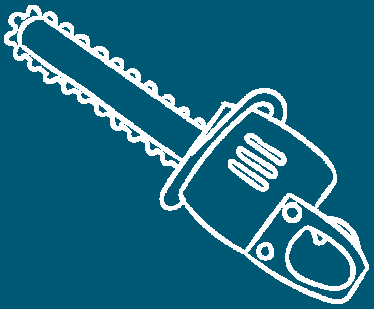
Una frase del filósofo alemán Theodor Adorno, al parecer mal traducida, dice que no se puede escribir poesía después de Auschwitz. No obstante, es como si Berlín escribiera todas las noches su propia poesía social, disruptiva, marginal, disonante y sobre todo vital. En el respeto hacia el otro, ese otro que es casi invisible, hay algo de similitud con la búsqueda de perdón. Como si la culpa colectiva que Alemania ha asumido con determinación, lo que la diferencia de otros países que siguen escondiendo o justificando sus pasados coloniales y genocidas, no desapareciera. Simplemente, es parte de su *ethos* cultural y de su estructura moral.

Esta estructura moral está presente en los códigos no escritos de la noche berlinesa; en las políticas inclusivas; en los carteles con la frase “No means no” en múltiples idiomas y que, desde el 2016, se convirtió en una vía para combatir la violencia contra las mujeres al eximirlas de tener que demostrar que se resistieron a la agresión para que solo así sea válida su denuncia; en los espacios donde las personas trans pueden transitar, permanecer y ser con la seguridad de que nada les va a pasar; en la mezcla de cuerpos alemanes, católicos, musulmanes, judíos, monógamos, poliamorosos y exiliados. Todos ellos son conscientes de que, aunque no se puede borrar la historia, bailar juntos puede ser una forma de resistirse a repetirla y de que quizás un mundo distinto es posible, así sea por unas horas y al ritmo del *beat* que marca la *DJ* trans portuguesa.

Erinnerungskultur es el término alemán utilizado para referirse a la cultura de la memoria o del recuerdo, a la forma cómo una sociedad aborda el conocimiento de su pasado, del que hacen parte sucesos como el Holocausto y, más recientemente, el atentado de Hanau. En este último, personas migrantes fueron asesinadas

por un extremista de derecha; a partir del ataque, se impulsó la campaña #SayTheirNames para recordar los nombres de las víctimas. De ese modo, Berlín cultiva una sensibilidad especial hacia la otredad y hacia el vulnerable. No se redime ni con estatuas ni con silencios, lo hace a través de prácticas cotidianas que se despliegan en parques, bares y clubes nocturnos. También se redime de noche, pues el tiempo no se detiene y la noche es tan legítima como el día.

Vivir una de estas noches en Berlín, como la viví yo y como seguramente la viven miles de visitantes a diario, tiene una connotación ritual. Como todo ritual, exige entrega, repetición y sobre todo mucho respeto. Al terminar una noche así en Berlín, uno deja de ser el mismo. El cansancio de las caminatas, subir y bajar, ir del metro al bus y del bus al metro, el alcohol consumido por horas, el baile y todo el éxtasis que emana del cuerpo son nimiedades, pues algo, sin duda, se ha desplazado en el alma, algo que, estoy seguro, no volverá más a su lugar original o, al menos, eso espero.



BUENOS AIRES Y EL LOCO

Qué difícil ha sido, sin ser argentino, ver la llegada al poder de un tipo como Milei. A pesar de toda su verborrea libertaria de derecha y de su fascismo oculto, sus políticas económicas han afectado directamente a los sectores más empobrecidos y vulnerables de la población. La reducción del gasto social, la precarización laboral y el ataque a la educación forman parte de la reestructuración del sistema económico que propuso y ejecuta, lo cual ha impactado a la sociedad argentina hasta el punto de transformar las relaciones sociales y de clase.

Creo que he ido cuatro o cinco veces a Argentina. Fui cuando era un niño pequeño junto a mi madre y hermano; siendo adulto pude recorrer muchas de sus ciudades como invitado durante la realización del Rally Dakar 2014, y, recientemente, durante el primer año de gobierno de Milei, fui con mi pequeña hija Ángela con motivo de sus vacaciones. Siempre había un pretexto para ir a comer asado y choripanes, tomar vino y comprar todos los libros posibles que no encontraba en las librerías limeñas. También me sentí motivado, aunque muy tarde, por la cantidad de comentarios de conocidos y extraños que decían que "Argentina es una ganga", sin siquiera pensar en quiénes asumían el costo de sus vacaciones "baratas".

El tango, esa mezcla de música, danza sensual y poesía popular, no solo suena en los restaurantes típicos o turísticos. Se escucha en el aire de cada esquina bonaerense y en la gente que las cruza. Se escucha cuando dicen que la ciudad ha cambiado y que todo está más caro, como cuando, estando en la famosa Pizzería Güerrín, mientras mi hija disfrutaba una deliciosa *pizza*, en la mesa de al lado una familia de chilenos comentaba: "El año pasado, con estas lucas comíamos el doble".

Desde que Javier Milei asumió el poder, la lógica del mercado es la que rige todo. Para él, la libertad individual, medida en la capacidad de compra, se convirtió en la brújula ideológica de su gestión. El famoso choque económico fue la vía que eligió, como si dinamitar los cimientos del país hubiera sido la única opción. Medidas como la liberalización de precios, el desentendimiento del Estado de áreas críticas y la eliminación de subsidios —sumado a una suerte de dolarización de facto—, entre otras, han convertido la cotidianidad argentina en un tango amargo, en el que el dolor que atraviesa los cuerpos no es el amor, sino el alto costo de vida.

Esos fajos enormes de billetes que por unidad no valían nada, actualmente, no rinden como hace un año. Lo que para el turista se traduce en "menos experiencia local por dólar", para el argentino de a pie sigue siendo la cruda necesidad de sobrevivir. En este punto, como turista ligeramente responsable, vale la pena preguntarse: ¿quién se beneficia cuando un país se convierte en una oferta de liquidación, una suerte de parque temático de la crisis?

Eso fue Argentina por algunos años para los turistas: bodegas de vinos famosos en Mendoza; pizzerías antiquísimas en Buenos Aires; mercados dominicales con foto de Mafalda incluida; conciertos de artistas que no incluían en sus giras a países con mejores condiciones económicas, y librerías que vendían impresa, por casi nada, la historia de un país que tuvo guerras, dictaduras, cacerolazos, al mejor futbolista de todos los tiempos y a los mejores músicos de *rock* latinoamericano. Todo esto —auténtico, rico y barato— significaba Argentina para los turistas que llegaban con dólares blue para cambiar en el mercado negro.

Comprando un libro sobre la historia política y social de Mafalda en una librería de Santa Fe, mientras pagaba con la tarjeta, le comenté al vendedor que imaginaba que hacía un año todo no estaba tan caro. Su respuesta fue contundente: "Para nosotros ya era caro; ahora es peor".

En efecto, detrás de esa aparente magia que hacía valer el dinero del turista muchísimo más, había otras historias, como la de ese joven de la librería que, tras terminar su turno, debía ir a trabajar como *bartender* y, al día siguiente, intentar conseguir algo en qué ayudar a alguien para ganar unos pesos más que le permitieran cubrir el alquiler del departamento donde vivía con su novia embarazada. Como esta, de seguro había muchas otras historias personales, tal vez de jubilados vendiendo reliquias para comprar medicamentos o de maestros que no tenían para el combustible de sus autos y debían levantarse más temprano para hacer recorridos de más de dos horas para llegar al colegio donde dictarían clases para niños, cuyos padres también tenían sus propias historias de escasez o insuficiencia económica.

El turista extranjero desempeña un rol en este tipo de situaciones en las que hay un uso desigual del espacio y del tiempo. Como figura representativa del privilegio global, accede a espacios de consumo y disfrute que se sustentan en las restricciones y privaciones a las que están sujetos los pobladores locales. En estos casos, el extractivismo no solo es económico, sino también simbólico, ya que lo auténtico es parte de la estética del sufrimiento, la pobreza en aumento se convierte en postal y *hashtag*, y la crisis de un país se vuelve un espectáculo imperdible que no podemos "desaprovechar". Un país que se ofrece barato al

viajero se expone a ser consumido, y lo que se consume se agota más temprano que tarde.

Ulrich Beck afirma que las sociedades modernas están dominadas por el riesgo. Esto se ve plasmado en políticas que destruyen, por ejemplo, cosas tan básicas y necesarias como la seguridad social y económica de un país, lo cual genera inestabilidad en la comunidad. Milei encarna esa incertidumbre que, tanto en lo económico como en lo social, está impactando en la vida de los argentinos y, obviamente, en la forma en que los turistas perciben actualmente el país.

Ese ajuste que pregonaba con total ligereza y motosierra en mano desde que era candidato se está sintiendo en los refrigeradores de las casas argentinas, las farmacias y los comedores populares de las villas. Las medidas del famoso "sinceramiento económico" de Milei parecen más un suicidio colectivo porque, mientras el oficialismo sostiene que la inflación se está desacelerando, las familias están cada vez más endeudadas para costear la canasta básica, los alquileres se pagan en dólares y los hospitales tienen cada vez menos insumos básicos. La eliminación sistémica de los subsidios ha dejado expuestos y en situación de riesgo a los sectores más vulnerables como los jubilados, las personas con discapacidad, las disidencias sexuales, los trabajadores informales, los niños, los estudiantes y, por su puesto, las mujeres, quienes sostienen con su trabajo doméstico o comunitario todo aquello que el mercado desmantela.

Según el Registro Nacional de Comedores y Merenderos Comunitarios (Renacom), en Argentina existen 35 mil comedores populares que alimentan a más de diez millones de personas (Filo News). En estos trabajan al menos 135 mil personas, de las cuales el 90 % son mujeres, que no reciben beneficios. Muchas de estas mujeres, ante la grave situación del país, se han visto obligadas a dejar estos trabajos comunitarios para buscar otros que les permitan sostener a sus familias.

Si las personas buscan experiencias "auténticas" que las reconecten con esa idealización de culturas, tradiciones o paisajes —las cuales suelen estar diseñadas y manipuladas para el consumo—, ¿puede el turista ser inocente y recorrer un país quebrado sin formar parte de esa fractura? Tal vez sería oportuno preguntarse qué se desintegra para que esa autenticidad que esperamos encontrar sea sostenible. Lo que para muchos es una experiencia de lo auténtico para publicar en Instagram, para otros es la vida empobrecida. Comer carne *premium* a precio de mercado en un restaurante de lujo con trabajadores que tienen sueldos miserables es parte de la experiencia de "lo local". Dormir en la casa de una familia empobrecida resulta ser más atractivo para las redes sociales si lo llamamos "turismo comunitario".

Muchos amigos y conocidos que viajaron durante los últimos años a Argentina decían que les encantaba Buenos Aires porque "aún se siente lo humano". ¿Será que lo humano incluye la pobreza o es que lo barato es sinónimo de genuino? Romantizar a quien soporta la crisis mientras otros la disfrutan parece ser un *souvenir*.

Durante la pandemia del COVID-19 y en los años posteriores, Argentina estaba en la mira del turismo internacional, no porque fuera un país estable y seguro, sino porque estaba de alguna forma en la ruina. Viajar a Europa seguía siendo costoso, llegar a Asia era caro e ir a la tierra del Tío Sam implicaba solicitar la visa, un trámite bastante lento y con un resultado incierto. En cambio, en Argentina, los dólares y los euros rendían como nunca. En ese momento, muchos que nunca habían viajado al extranjero pudieron hacerlo con lujos, pero a precio de crisis. Argentina era el paraíso… pero ¿para quién? Mientras los turistas esperaban su desayuno con medialunas, sanguchitos de miga y cortados; la puesta en escena del *show* de tango, y la autenticidad del país del fútbol aparecer ante el lente de las cámaras; la gente local esperaba el subsidio que ya no llegaría, el turno para las clases en la universidad a la que ya no podría asistir y el salario que desaparecía antes de llegar siquiera al fondo del bolsillo.

Sin embargo, el turismo en sí no es el verdadero problema. El problema es el modo de consumir desigualdades sin siquiera reconocerlas. Lamentar que un país como Argentina, o cualquier otro que atraviese una situación similar, ya no esté tan devaluado es una forma de decir, tal vez en voz baja por el peso de nuestra conciencia, que añoramos el dolor ajeno que pagaba las cuentas baratas de nuestras experiencias únicas, nuestros asados y vinos, nuestros libros y conciertos, y nuestras noches de bares y fiesta, que fotografiábamos para las redes sociales.

En diciembre del 2023, Argentina se convirtió en un laboratorio libertario. Este experimento social señaló al Estado como la causa de todos los males posibles, proponiendo la motosierra como única herramienta para desmantelar sus estructuras. El mantra de siempre: "No hay plata", que repite Milei en la televisión nacional, es la excusa perfecta para recortar subsidios a la salud y a la educación, licuar las jubilaciones, paralizar obras y poner la vida de los argentinos en manos del mercado.

La promesa de Milei de modernizar el país, con su modelo libertario y su motosierra, se ha traducido en un aumento de la pobreza, el deterioro del tejido social y un mayor sufrimiento. El supuesto ajuste no es un simple dato macroeconómico, sino la realidad de una madre que no puede pagar la guardería de su hija para

ir a trabajar tranquila, de un jubilado que come solo una vez al día y de una estudiante que deberá abandonar la universidad porque sus padres no pueden darle para el transporte o tener tres trabajos para reunir un sueldo decente. Estas medidas nunca son neutras ni democráticas, mucho menos en países como los nuestros, misóginos, clasistas y patriarcales, y siempre afectan en mayor medida al lado más frágil. Cuando el Estado no brinda soluciones, su ausencia la cubren las mujeres, dirigiendo comedores populares, haciéndose cargo de los cuidados no remunerados o ejerciendo agencia en lo cotidiano con los pocos recursos que tienen.

Atilio Borón, reconocido sociólogo y politólogo argentino, lo advirtió. Para él, Milei ha puesto el esoterismo al servicio de un proyecto de destrucción que no solo tiene su foco en el Estado, sino también en la sociedad. El nivel de intensidad de confrontación que ha adquirido la política ha hecho que la desigualdad económica y social llegue a extremos inéditos en una Argentina en la que su presidente promete eficiencia, pero lo que realmente exige es sacrificio.

Antes de viajar a Argentina, en alguna reunión familiar o de amigos se repetía la misma escena. Alguien comentaba lo barata que estaba Argentina y decía que, con lo que aquí se pagaba por un cuarto de pollo a la brasa, allá se comía un banquete de carnes a la parrilla y hasta alcanzaba para el vino. Algunos, muy pocos la verdad, hacían el comentario con algo de culpabilidad o lamentando que el país estuviera así de jodido. Otros, con total cinismo, soltaban la frase: “Aprovecha porque seguro en algún momento todo cambia”, como si el sufrimiento por el que pasaba el pueblo argentino y que se había intensificado fuera solo una distorsión pasajera de la realidad.

Constantemente, me hacía una pregunta que me generaba temor: ¿y si la anomalía no fuera la crisis, sino el deseo de vivir barato a costa de la precariedad de otro pueblo? Quizás, esa es la distorsión en la que vivimos. Hoy, cuando Argentina está viviendo uno de sus pasajes más oscuros de la mano de Milei, ya no se escuchan planes para viajar allá. En estos momentos en que el pueblo más necesita ingresos, como los que deja el turismo, nadie quiere ir; el romanticismo con el país de Diego y de Charly llegó a su fin.

De eso se trata el turismo en su versión más banal, desligada de la realidad. Ese es el turismo que perpetúa lógicas que muchos científicos sociales ya han denunciado. La cultura simplemente se consume, pero no se comprende. La historia solo sirve para compartir una foto en las redes sociales, pero no para cuestionarla. La desigualdad se aprovecha, pero no se combate.

Ser turista, como en estos casos, puede ser un acto de violencia, más aún cuando ignoramos que cada privilegio del que gozamos y que nos permite tener la mejor foto o el mejor video, o creer que somos *influencers* o *travel bloggers* con datos "que nadie conoce" tiene un costo que otros terminan pagando. Esas medialunas que tanto le gustaban a mi hija tienen un precio oculto que no aparece en la cuenta: el salario mínimo que ahora rinde menos, el alquiler que muchos pagan en dólares, el alza en las tarifas de energía y la comida que las familias de los trabajadores tienen que saltarse al día. Y ni qué decir de los espacios y tiempos para que los propios ciudadanos disfruten un poco de la belleza de su país.

Érica Schenkel, doctora en Ciencias Sociales, especialista en Turismo Social y amiga en estos quehaceres, en su informe *Turismo social en Argentina: desarticulación de una política pública con voluntad democratizadora*, describe cómo la motosierra también ha pasado a desmembrar las políticas públicas que, desde hace más de medio siglo, pretendían democratizar la actividad turística en favor de los sectores menos favorecidos.

Schenkel menciona que la retracción afectó también al sector del turismo, al que Milei dejó sin ministerio, desjerarquizándolo y convirtiéndolo en secretaría, y tuvo al turismo social entre sus políticas más perjudicadas. Esto implicó el despido de los trabajadores que desempeñaban labores en temas de infraestructura y recreación, la interrupción de prestaciones y la suspensión de las obras en los dos complejos insignia del turismo social argentino: Embalse y Chapadmalal. En febrero del 2024, los hoteles ubicados allí dejaron de funcionar y, aunque no hay una voz oficial que confirme o no su reapertura, se está considerando su privatización, debido a que el área donde se ubican está siendo revalorizada para la construcción de viviendas.

Es evidente que las tensiones de un país profundamente desigual también se reflejan en el turismo, lo cual afecta tanto a quienes visitan el destino como a quienes trabajan en esta actividad. Mientras algunos territorios se convierten en vitrinas para el consumo de paisajes y tradiciones "autenticadas" para los turistas; muchas de estas comunidades se ven acorraladas por la precarización laboral, la folclorización de sus saberes y cosmovisiones, y la vitrificación de su cultura.

Aunque en muchos países el turismo es presentado como una herramienta estratégica para el desarrollo local, se debe cuestionar sobre quién se define ese desarrollo, para qué y a costa de qué o de quién. No se pueden reorganizar territorios y transformar relaciones sociales para que lo visible y lo comercializable tengan mayor valor que lo cotidiano y lo complejo. No debemos permitir que la lógica extractivista que encarece los bienes básicos, gentrifica y turistifica siga

reforzando los patrones de exclusión y siendo romantizada. Por eso, pensar el turismo en lugares y contextos complejos, como el caso de Argentina, implica asumirlo como un campo de disputa no solo por el uso del territorio, sino también por el valor de las memorias y el derecho que tienen los locales de habitar y narrarse, sin caer en promesas de experiencias auténticas que son solo operaciones de mercado para un turista ávido de figuretismo.

Aunque recorrer Argentina hoy día signifique recorrer un país fracturado o diseccionado por la motosierra neoliberal de un presidente que no está en todas sus facultades mentales, no deja de ser ese lugar al que uno siempre quiere volver. Entre la desigualdad y las tensiones de un turismo que requiere ser mejor pensado cada vez, este país sigue siendo un gesto de encuentro. Quizás ahí, en esa conversación de dos señores sentados frente a nosotros, mientras mi hija se come un helado que ahora tiene un precio exagerado, habite otra forma posible de viajar, una que no consuma, sino que escuche, pero sobre todo que aprenda a mirar con humildad, sin convertir una crisis en postal ni celebrar lo que para otros puede ser una pérdida irreparable.

PERÚ Y EL LUGAR DONDE CUALQUIER COSA PUEDE PASAR

La frase que titula esta crónica se me quedó muy grabada. Cada vez que algo salía en las noticias, mi exesposa, colombiana, me decía: "En el Perú, cualquier cosa puede pasar". Me parecía gracioso porque en general nuestros países, en esta región del mundo, son muy similares. Pero algo le hacía pensar que en Perú podría haber mayores sorpresas cuando de noticias bizarras se trataba.

Y es que hemos tenido, y tenemos, de todo: cinco presidentes que han pisado y siguen pisando la cárcel en los últimos veinticinco años; un presidente que se suicidó para evitar correr la misma suerte que sus antecesores y sucesores, y del que se dice, entre dientes o en voz alta, que planeó todo, montó un espectáculo y ahora vive en un pueblo de los Alpes; esterilizaciones forzadas a mujeres indígenas con el pretexto de implementar programas de planificación familiar; vírgenes que lloran; fuerzas armadas sometidas a un presidente que filmó a quien pudo aceptando sobornos; un grupo terrorista de corriente maoísta que quería convertir al país en una Kampuchea andina; un Congreso de la República que el pueblo siempre ha creído que no podría ser peor que el anterior, pero lo es y, en la actualidad, tiene menos del 3% de aprobación y, aun así, dice ser la reserva moral de la nación; una derecha bruta y achorada; una izquierda que carece de autocrítica y es tan bruta y achorada como lo que critica; muertos en protestas; policías que forman parte de bandas delincuenciales; una maravilla moderna en la cuna de un imperio; un banquero que por varios años hizo movimientos de día y de noche para que no se dieran cuenta de que desviaba dinero a cuentas de *vedettes* con quienes tenía sexo, organizaba orgías y a las que grababa; presidentes que duran menos de un día; algunos productos de exportación que han servido solo para la burla de otros países, como Laura Bozzo o La Tigresa del Oriente; una *vedette* que llegó al Congreso gracias a que se puso el número trece en una nalga y que curiosamente ha sido de las congresistas que más proyectos de ley presentó durante ese período, y una selección de fútbol que irá al Mundial después de más de treinta y cinco años, se quedará en el camino de la siguiente edición y muy probablemente no asistirá a la que le sigue, a pesar de ser el proceso eliminatorio más fácil de la historia; entre otras cosas.

Además, Perú es el lugar que se enorgullece de tener una de las gastronomías más ricas del mundo y donde cualquier cantante, actor o personaje famoso que llega

es recibido con la pregunta de rigor: ¿Te gusta el ceviche y el pisco sour? La pregunta favorita de los periodistas, quienes estudiaron cinco años o más para eso.

Así es Perú, el país donde lo absurdo convive con lo sagrado y no se inmuta. Lo bizarro no es la excepción en esta tierra, sino que forma parte de su cotidianidad. Aquí no es necesario inventar ni exagerar porque esa es su realidad y rutina, un desborde de ingenio, contradicciones y surrealismo.

De este país me fui cuando tenía veintiún años. No quise regresar a Lima, su capital, porque de alguna forma extraña sentía que allí no podría ser feliz. Recién a los treinta y seis años volví a encantarme de esta ciudad con mar, donde se come rico, pero se vive con muchas contradicciones.

Crecí en el barrio popular del Rímac, en el *block* 35 de la Unidad Vecinal, donde vivían mis abuelitos y mis tías. Hasta el 2011, con casi treinta y dos años, regresé para quedarme. Creo que de cierta forma me gusta vivir en un país que parece estar en un estado permanente de contradicción festiva, en el que todos parecen saber lo que está pasando, pero por muy absurdo que sea no buscan explicaciones, sino solo sobrevivir. La lógica occidental aquí no siempre se aplica, ya que el país funciona con sus propios códigos, cargados de humor, fe y tragedia. Es tal vez la mejor forma de habitar lo inestable.

En medio de todo este caos ordenado, de este estruendo silencioso, el *boom* gastronómico ha sido lo más destacado en los últimos veinte años. Perú pasó de ser el país del terrorismo y la inflación a ser el mejor destino culinario de América. La gastronomía peruana se ha convertido en un fenómeno real y en una suerte de curaduría. Esta poderosa narrativa posicionó a los chefs por encima de los intelectuales y al ceviche como símbolo patrio, con el firme propósito de convertir a este país en algo comestible, digerible e instagrameable.

La promesa de desarrollo que representó la gastronomía no tenía detractores y, en cierta forma, no los tiene. Todos estaban felices con ese nuevo giro que dio Perú, repitiendo hasta el cansancio, como un mantra, que era la forma de reconciliar a las clases sociales, a las regiones, a ese crisol humano que somos y a todas las razas, y, por qué no, de combatir la pobreza. Algo que parecía ser la salvación de un país que tiene más del 51 % de su población en situación de inseguridad alimentaria, según el informe *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2024 : financiación para acabar con el hambre, la inseguridad alimentaria y la malnutrición en todas sus formas*, de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el Fondo Internacional de Desarrollo

Agrícola (FIDA), la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Programa Mundial de Alimentos (PMA) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).

Lo anterior es irónico si vemos el video de chefs famosos gritando con megáfono en mano en Peru (ciudad de Nebraska, en Estados Unidos): "Todos los peruanos tienen derecho a comer rico", en el marco de la campaña que empezó a promocionar el país como destino gastronómico. Es igual de irónico a ver alimentos ancestrales exhibidos en vajillas refinadas, bajo luces cálidas, en restaurantes donde un salario mínimo, el que recibe el 43 % de los diecisiete millones de peruanos con empleos formales e informales, no alcanza para pagar una cena.

La quinua dejó de ser el desayuno del provinciano que emigró a Lima para convertirse en un superalimento global, así como algunos ingredientes de nuestra cocina pasaron de ser símbolos de resistencia culinaria a formar parte de la estrategia de *marketing* del turismo que ofrece el país al mundo; mientras que los pequeños productores agrícolas que siembran las papas nativas, que tanto locales como extranjeros comen fascinados, siguen fuera del sistema formal.

Aunque el llamado *boom* gastronómico no es mentira, es una verdad a medias. Si bien refleja la diversidad y la creatividad de la cocina peruana, también representa el modo en el que convertimos lo propio en espectáculo para el consumo de las élites globales, las únicas con posibilidad de pagar por lo exótico y de consumir ciertas "experiencias" que se sirven en un plato rebosante de supuesta herencia cultural.

En su libro *Gastropolítica: una mirada alternativa al auge de la cocina peruana*, la antropóloga María Elena García explica de forma detallada cómo este *boom* gastronómico —que es celebrado como un triunfo cultural y económico, y que, según los chefs representantes de este movimiento, lleva un mensaje de inclusión— sigue ocultando relaciones desiguales de poder, racializadas y coloniales. Para ella, la gastronomía se ha convertido en un espacio de negociación de la identidad nacional donde siguen reproduciéndose jerarquías históricamente implantadas. Cocineros blancos y mestizos son el centro del reconocimiento internacional, mientras que las comunidades indígenas quedan relegadas a un rol de proveedoras de insumos y de inspiración exótica que hace de su cosmovisión un ingrediente más del plato, tal vez el ingrediente más caro y el que genera mayor rentabilidad, pero del que no ven redistribución ni justicia.

Sin lugar a dudas, se trata de un *boom* culinario que, además de ser una historia de éxito, es también un proyecto gastropolítico que administra y propone

qué vidas, sabores y memorias se visibilizan en un plato, y cuáles seguirán siendo silenciados. Aunque el discurso oficial promueve una narrativa sobre la reconciliación, la inclusión y la diversidad, solo instrumentaliza lo indígena sin combatir el racismo estructural que se vive tan intensamente en el país.

Algo muy parecido, si no lo mismo, sucede con el turismo. Sea en la costa, la sierra o la selva, Perú ha aprendido a escenificarse. Ese turismo que la gran mayoría de agencias ha bautizado como "vivencial" ofrece la "experiencia" de dormir "como un nativo" en una casa de adobe decorada con mantos incas y desayunar quinua, sin importar que la pareja de esposos que atiende ni desayuna quinua ni mucho menos duerme ahí. Ni qué decir de los niños que pastorean su ganado y se han convertido en modelos improvisados dotados de una pobreza que resulta fotogénica y muy útil como parte del decorado andino, de la experiencia. Ya lo decía Dean MacCannell: el turismo lejos de generar lazos que sean genuinos construye espacios de ficción para el consumo.

Al ser una actividad económica, el turismo convierte el recurso local material e inmaterial en atractivos comercializables a nivel global. Esto genera que los territorios adopten estéticas similares a otras, pero con alguna apropiación local que les brinde esa cualidad de "auténtica". Este proceso de relación global-local es lo que se conoce como territorialización de la globalización a través del turismo. Bajo esa lógica, cada territorio, convertido en destino turístico, se va adaptando a los requerimientos que el turista trae consigo o a la cultura global de consumo que este ha adquirido. Esta turistificación del territorio requiere de la creación de imaginarios que tengan la capacidad de atraer y movilizar turistas, quienes, al entrar en contacto con los residentes y relacionarse con estos, reconfiguran el territorio y lo resignifican, apropiándose de los espacios, las prácticas, los residentes, la fauna, la flora y la historia. De esta manera, magnifican los significados locales y los traducen a ideas occidentales, creando todo un espectáculo, un montaje que sea del agrado del consumidor globalizado.

Los espacios rurales, sobre todo los que concentran a la población indígena y de costumbres ancestrales, no son ajenos a ello. Al entrar en la lógica comercial, son inducidos por los operadores turísticos a la sobreexposición de su cultura, su patrimonio inmaterial (música, rituales, mitos y leyendas), su memoria y sus procesos (como las muertes, las migraciones forzadas y los desplazamientos durante la época del conflicto armado interno). Atendiendo a las demandas del mercado, las comunidades son banalizadas, exotizadas y estigmatizadas a partir de ciertos estereotipos que se muestran al turista como algo propio y que, si llegaran a cambiar, podría significar la deslegitimación del "espectáculo" ofrecido.

Desde una mirada crítica, Maximiliano Korstanje, otro investigador del turismo, advierte que esta es una matriz cultural puramente capitalista y eurocéntrica, que diseña los destinos turísticos periféricos con la finalidad de validar los valores culturales de las sociedades emisoras de turistas, de modo que el residente de la comunidad receptora queda sujeto a una doble hermenéutica que lo interpela sobre quién debe ser para otros y su verdadera esencia cultural. Todo se reproduce hasta lograr una *performance* estética en la cual los paisajes, las personas y la cultura se entremezclan.

El turismo que se da en Perú, como en muchos países latinoamericanos, es un turismo extractivo que no solo explota los recursos naturales, sino también los símbolos, el tiempo y la identidad de las comunidades. Basta con ver la oferta de ceremonias de ayahuasca, temazcales y rituales en general que se ofrecen como una Inca Kola. Aunque esta *performance* genera divisas, también produce una versión simplificada y estereotipada de lo que somos.

En Machu Picchu, lugar al que he podido ir en varias ocasiones, he visto filas de turistas esperando su turno para tomarse la mejor foto; mientras que guías locales improvisan ceremonias a la Pachamama haciendo repetir a los turistas mantras en español y en quechua, quienes seguramente se van creyendo que han sido bendecidos por Wiracocha.

Sin embargo, este turismo no es ingenuo, ya que refuerza asimetrías, reproduce estructuras de poder y convierte a los territorios en vitrinas por las que pasarán los turistas con sus cámaras, mas no los cambios que necesitan para cerrar las brechas que los atraviesan. Mientras que en las oficinas de la Comisión de Promoción del Perú para la Exportación y el Turismo (PromPerú), en Lima, se discute cómo hacer que más turistas con mayor poder adquisitivo vengan a comer ceviches y lomos saltados; en las regiones, el turismo informal, que muchas veces cobra vidas, prolifera sin regulaciones ni beneficios materiales para las comunidades.

Creo que conozco gran parte del país y he regresado a algunos lugares porque son maravillosos o porque el trabajo lo demanda, pero sigo sin entender en qué tiempo estamos. A veces, creo que estamos en ese pasado glorioso de las culturas preincas; basta con ir al centro comercial que está en el acantilado y, de pronto, estoy en la modernidad que el neoliberalismo oferta, y a fin de mes llega el salario junto con el presente incierto de la sobrevivencia diaria que levanta la voz para decir que aquí seguimos.

El país, con su aclamada estrategia Marca Perú, se vende bien, pero pareciera no saber qué está vendiendo y mucho menos a qué precio lo vende. Es tal vez eso lo

entrañable del caos que somos. No digo el caos en el que nos hemos convertido porque tengo cuarenta y seis años y, desde que nací, había caos.

Lo absurdo de lo cotidiano se une a la cocina y al turismo para dar forma a la marca de un país que no ha terminado de resolver su modernidad. Por este motivo, mezcla sin filtro y sin reparo alguno lo tradicional con lo global, lo precario con lo lujoso y lo sagrado con lo banal, y hace posible que el ceviche *gourmet* conviva tranquilamente con el 43 % de niños menores de tres años que tienen anemia y que el chamán que te lee la hoja de coca te brinde su código QR para que le pagues por adivinar tu futuro. Todo es simultáneo y estructural en un país sobre el que el mundo tiene los ojos puestos: los turistas con dinero suficiente para pagar una cena en uno de los tres restaurantes limeños que están entre los cincuenta mejores del mundo; los *influencers* que quieren una invitación para vivir "experiencias" gratis a cambio de visibilidad, y los *rankings* internacionales que no dejan de premiarnos. Y, mientras todos ellos nos miran, dejamos de mirarnos a nosotros mismos.

Desde hace algún tiempo, tengo la fortuna de trabajar temas de turismo con los pescadores de La Punta y Chucuito en una ruta gastronómica por el Callao. Precisamente, es aquí donde las contradicciones de las que hablo han sido más evidentes. Cada vez más, el crecimiento del puerto va despojando de territorio marítimo a las familias de los pescadores que son, o deberían ser, el centro de esa narrativa oficial que nos vende al mundo como el país del ceviche. Sus prácticas deberían ser protegidas, pero, en cambio, son marginadas, invisibilizadas e ignoradas por las mismas autoridades que inflan el pecho de orgullo cuando de premiaciones gastronómicas y cócteles se trata. Esto deja claro que la desigualdad no es solo económica, sino también narrativa. Algunos tienen permitido contar la historia del Perú y de su comida, mientras que a otros se les niega la voz para decir cómo se sienten siendo solo parte de una postal.

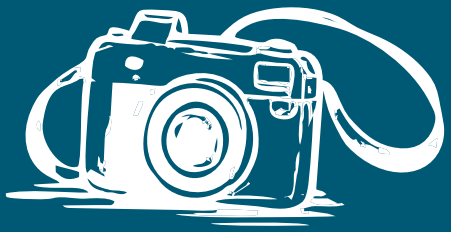
No obstante, Perú, como otros lugares del sur global, también es propicio para una forma de turismo que se viste de ayuda, cooperación y compromiso social. Empresas turísticas se encargan de "ayudar" a que jóvenes voluntarios arriben a comunidades altoandinas, sobre todo, con la intención de construir casas o escuelas, enseñar inglés o "empoderar" a las mujeres locales. Esta no tan nueva forma de "hacer turismo" disfrazado de cooperación para el desarrollo reproduce un contexto colonial en el que el turista llega como redentor a una comunidad representada como precaria y con necesidad de ser salvada. Si bien en muchos casos puede haber una intención genuina de colaborar, la mayoría de estos viajes terminan siendo parte de una lógica expiatoria que aprovecha los imaginarios construidos alrededor de la pobreza rural peruana y un recuerdo de

las anécdotas del viajero. En todo caso, las dinámicas de exclusión estructural de la comunidad permanecen intactas.

La vulnerabilidad ajena se habita como una especie de purga emocional en una comunidad que, para seguir obteniendo lo que el Estado no le provee, se ve obligada a representar una constante narrativa de sufrimiento que se convierte en su mayor atractivo turístico. Lamentablemente, estas prácticas banalizan la historia profunda de los territorios y convierten al dolor producido por la pobreza, la violencia, la guerra o el desplazamiento en un espectáculo compasivo con un guion digerible.

Más allá de todo lo anterior, que más que una queja es un llamado de atención, en Perú hay mucha belleza. Tal vez no la belleza de una postal, sino la que realmente importa: la que se encuentra en las dos señoras con polleras que conversan en quechua en un mercado de la zona andina; en el guía que intenta contar la historia del país a partir de corregir la visión eurocéntrica para explicar nuestro legado, y en el pescador que, mientras dirige con una mano su bote, explica mejor que nadie la historia de la migración que dio paso a esa mezcla que cautiva al mundo con su gastronomía.

Es quizás ese el Perú real, lejos de las portadas de revistas de viaje y cerca del que sobrevive, del que improvisa y del que se reinventa con ironía, ternura y rebeldía, en un país que tiene tanto de *gourmet* como de precario, de formal como de clandestino y de sagrado como de absurdo. Ese puede ser sin duda el milagro peruano, ese milagro que no será premiado en *rankings* internacionales ni exhibido en ferias y que no tiene que ver ni con gastronomía ni con maravillas mundiales modernas, sino con esa obstinada capacidad de narrarse incluso desde esa incoherencia y desde ese hermoso desorden que quizás es lo más honesto que podemos ofrecer como país, un país del que estoy seguro no me quiero alejar nunca más.



OBRAS CITADAS

Adorno, Theodor W. "La educación después de Auschwitz". *Educación para la emancipación*, editado por Gerd Kadelbach, Ediciones Morata, 1998, pp. 79-92.

Agencia de la ONU para los Refugiados. "Situación de Venezuela". *ACNUR España*, s. f., https://www.acnur.org/es-es/node/593.

Amnistía Internacional España. "Los muertos del Mundial de Qatar 2022". *Amnistía Internacional España*, 18 de mayo del 2022, https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/blog/historia/articulo/los-muertos-mundial-de-qatar-2022/.

Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen, 2003.

---. *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, 2006.

Baker, Bryan, and Robert Warren. *Estimates of the Unauthorized Immigrant Population Residing in the United States: January 2018–January 2022.* Office of Homeland Security Statistics, 2024, https://ohss.dhs.gov/sites/default/files/2024-06/2024_0418_ohss_estimates-of-the-unauthorized-immigrant-population-residing-in-the-united-states-january-2018%25E2%2580%2593january-2022.pdf.

Bauman, Zygmunt. *Extraños llamando a la puerta*. Paidós, 2016.

---. *Modernidad y Holocausto*. Ediciones Sequitur, 1997.

Beck, Ulrich. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Paidós, 1998.

Centro Nacional de Memoria Histórica. "Trece años de la Operación Orión". *Noticias CNMH*, 13 de octubre del 2015, https://centrodememoriahistorica.gov.co/trece-anos-de-la-operacion-orion/.

Connerton, Paul. *How Societies Remember*. Cambridge University Press, 1989.

Dachary, Alfredo César. *De la sociedad del espectáculo a la globalización*. Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara, 2006, http://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/cucosta-udeg/20170512025815/pdf_1142.pdf.

De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana, 2000.

Euromonitor International. *Top 100 City Destinations Index 2024*. Euromonitor International, 2024.

Filo News. "Comedores: más de 10 millones de personas sin alimentos". *Filo.news*, 31 de enero del 2024, https://www.filo.news/noticia/2024/01/31/comedores-mas-de-10-millones-de-personas-sin-alimentos.

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. "El papel de las empresas turísticas en la lucha contra la explotación sexual infantil". *UNICEF España*, s. f., https://www.unicef.es/noticia/el-papel-de-las-empresas-turisticas-en-la-lucha-contra-la-explotacion-sexual-infantil.

---. "No hay excusas, no a la explotación sexual infantil". *UNICEF España*, s. f., https://www.unicef.es/noticia/no-hay-excusas-no-la-explotacion-sexual-infantil.

Galindo, María. "Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir". *Sopa de Wuhan: pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, editado por Pablo Amadeo, ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio), 2020, pp. 119-127.

García, María Elena. *Gastropolítica: una mirada alternativa al auge de la cocina peruana*. Instituto de Estudios Peruanos, 2023.

Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial, 2012.

Lefebvre, Henri. *La production de l'espace*. Éditions Anthropos, 1974.

Lemberger, Petra, and Tony Waters. "Thailand's sex entertainment: Alienated labor and the construction of intimacy". *Social Sciences*, vol. 11, núm. 11, 2022, https://doi.org/10.3390/socsci11110524.

MacCannell, Dean. *El turista: una nueva teoría de la clase ociosa*. Editorial Melusina, 2003.

Maffesoli, Michel. *El tiempo de las tribus: el ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. Icaria Editorial, 1990.

Mbembe, Achille. *Políticas de la enemistad*. Ned Ediciones, 2018.

Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. *Informe al Congreso de la República 2023-2024*. MinCIT, 2024, https://www.mincit.gov.co/getattachment/ministerio/planeacion/informe-al-congreso-de-la-republica/informe-al-congreso-de-la-republica/2023-2024/informe-al-congreso-2023-2024.pdf.aspx.

Roadrunner: A film about Anthony Bourdain. Dirigida por Morgan Neville, Focus Features, 2021.

ONU Turismo. "El turismo internacional se recupera en 2024 hasta los niveles anteriores a la pandemia". *UN Tourism*, 21 de enero del 2025, https://www.untourism.int/es/news/el-turismo-internacional-se-recupera-en-2024-hasta-los-niveles-anteriores-a-la-pandemia.

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, Organización Mundial de la Salud, Programa Mundial de Alimentos y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2024: financiación para acabar con el hambre, la inseguridad alimentaria y la malnutrición en todas sus formas*. FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF, 2024, https://doi.org/10.4060/cd1254es.

Organización Internacional para las Migraciones. "Proyecto Migrantes Desaparecidos". *Organización Internacional para las Migraciones*, 2021, https://missingmigrants.iom.int/es.

Schenkel, Érica. *Turismo social en Argentina: desarticulación de una política pública con voluntad democratizadora.* Alba Sud Editorial, 2024.

Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*. Alfaguara, 2003.

Viajes anómicos está escrito como una reflexión íntima y crítica sobre el acto de viajar, desde la experiencia personal y profesional del autor, un sociólogo y especialista en turismo. Este libro nace de la necesidad de entender por qué se viaja y qué significa realmente el retorno, y llega a la conclusión de que no se viaja para huir, como quizás muchos lo plantean, sino para volver, reafirmando el sentido de pertenencia a un lugar y vínculos afectivos concretos.

Desde los múltiples destinos —Tailandia, Cuba, Vietnam y Camboya, entre otros— por los que hábilmente nos lleva el autor entre anécdotas, análisis y datos históricos y demográficos, se exploran las complejidades sociales, culturales y económicas que los envuelven. Para esto, se contextualiza cada lugar desde una perspectiva sociológica, alejándose del formato de guía tradicional, yendo desde la crítica al turismo sexual y la folclorización de comunidades hasta la mirada sobre cómo los pueblos ejercen memoria y resistencia, poniendo en evidencia las tensiones entre autenticidad y espectáculo, deseo y desigualdad, consumo y afecto, morbo y concientización.

El cuestionamiento del autor a la industria turística global, a través de una escritura personal, reflexiva y amena, visibiliza su rol como nuevo dispositivo de colonización, pero también reconoce el poder de los viajes para transformar percepciones, relaciones y realidades. Con una mirada sociológica y sensible, *Viajes anómicos* invita a repensar el turismo no solo como una experiencia placentera, sino como un fenómeno social cargado de símbolos, contradicciones y consecuencias que habitualmente están ocultos a la simple vista del turista; las formas en las que se habitan esos territorios, y las transformaciones positivas y negativas bajo las que conviven (o batallan) las comunidades de cada lugar.

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA
Y A DISTANCIA (UNAD)

Sede Nacional José Celestino Mutis
Calle 14 Sur 14-23
PBX: 344 37 00 - 344 41 20
Bogotá, D.C., Colombia

www.unad.edu.co

Para acceder a la versión en línea de este libro, escanee el siguiente código